



ÖLISSE

MARGOTTE CHANNING

ÖLISSE

Margotte Channing

www.margottechanning.com



Copyright © 2019 Margotte Channing

Todos los derechos reservados

ÍNDICE

PROFECÍA DEL BERSERKER

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

EPILOGO

PROFECÍA DEL BERSERKER

(FRAGMENTO DE LA SAGA NÓRDICA BARJTBÖRG)

... Y algunos hombres pertenecientes al valiente pueblo vikingo nacerán con un berserker* en su interior, y su alma solo estará completa cuando acepten a su andsfrende* en ella.

... Y si se niegan a cumplir con su destino, renacerán en la tierra por tres veces, y sus tres vidas estarán llenas de atroces sufrimientos, hasta que acepten a la mujer que les ha sido destinada.

... Y si continúan negándose a aceptar los designios de Odín, serán enviados como esclavos a la isla mágica de Selaön, donde su agonía durará al menos 500 años.

Y nunca encontrarán la paz.

*Espíritu muy agresivo que poseía a algunos vikingos en la antigüedad, y que atormentaba su mente de tal manera, que conseguía que murieran locos, matando a todos los que los rodeaban. La leyenda dice que ese espíritu solo se calmará si el hombre que lo porta en su interior encuentra a su compañera, lo que ellos llaman su andsfrende.

UNO

Aren desmontó y acarició el morro de su caballo mientras miraba a su alrededor, intentando ubicarse.

—Te has portado muy bien, Thor —el animal, a pesar de no estar acostumbrado a recorrer tantos kilómetros, no había dado muestras de cansancio en ningún momento.

Thor relinchó y sacudió la cabeza como si estuviera de acuerdo con los halagos, provocando que Aren sonriera, entonces, lo cogió de la brida y se acercó a la orilla del río para dejarlo beber. Entretanto, el hombre siguió observando el paisaje que los rodeaba. El lugar era tal y como se lo habían descrito, un valle con un enorme bosque de abetos y un caudaloso río, que estaba rodeado por una cadena de montañas. Todo ello hacía que pareciera estar encantado.

El bosque estaba muy cerca y la mirada azul de Aren recorrió el grupo de abetos jóvenes que tenía a su derecha, donde le había parecido ver moverse algo con forma humana, y su cuerpo se puso tenso, preparado para defenderse .

Thor, que había terminado de beber, lo miró y relinchó.

—Ya has terminado, ¿eh, grandullón? —contestó con otro relincho y Aren tiró de él para que lo siguiera caminando mientras observaba, disimuladamente, la figura que los vigilaba.

De repente, se escuchó el ruido de una rama al partirse y su espía intentó escapar corriendo, pero él lo siguió a través de los árboles. No paró hasta darle caza, aunque en cuanto lo vio corriendo ante él, se dio cuenta por su altura, de que era un niño. Mejor dicho, una niña, lo que verificó en cuanto la cogió en brazos, después de alcanzarla. Ella no dijo nada, solo lo miraba asustada. Aren no era un experto en niños, pero imaginó que no tendría más de cinco años. Era muy morena, tenía los ojos negros y estaba muy delgada. Además, tiritaba, no sabía de miedo o por el frío.

—Tranquila, que no voy a hacerte daño ¿vives por aquí? —ella no

contestó, pero sí intentó que la soltara empujándolo varias veces, hasta que se cansó. No quería asustarla, pero no podía dejarla allí sola, con el frío que hacía y sin protección frente a los animales salvajes.

—¿Dónde vives, pequeña? No tengas miedo, solo quiero llevarte a tu casa —ella señaló con el índice el camino que él tenía que seguir de todas maneras, así que no supondría ningún retraso llevarla antes con su familia. Por su forma de señalarle la dirección y por su falta de sonidos hasta ese momento, se dio cuenta de que, la niña no podía hablar.

La niña dejó de temblar en cuanto vio a Thor, entonces, se quedó extasiada mirándolo. El efecto que produjo ella en el caballo no fue exactamente el mismo, ya que el animal giró la cabeza para no verla. A Aren no le extrañaba, porque en la granja donde lo había comprado, los hijos del dueño le hacían la vida imposible. Thor odiaba a los niños, por eso, cuando llegó a su lado, avisó al animal.

—Pórtate bien —al escuchar su relincho indignado, aclaró —no puedo dejarla aquí sola, es muy pequeña —cogió la manta que llevaba en la silla del caballo y envolvió a la niña con ella, luego, la subió sobre Thor y después lo hizo él detrás, espoleando al animal para que se pusiera en marcha. Entonces, se inclinó sobre la niña para decirle,

—Thor necesita que le digamos por dónde se va a tu casa.

La niña no habló, pero asintió con la cabeza y los tres extraños personajes se pusieron en marcha.

Ölisse volvió a su casa muy preocupada, a pesar de lo bien que había ido todo durante el parto de Gerda, la concubina de Ragnar. Sabía que se recuperaría tan rápido como en su anterior parto y el bebé había nacido fuerte y sano. Pero no podía dejar de pensar en la marca que había visto en la nalga derecha del niño, por eso, después de que le pagaran por sus servicios, había vuelto casi corriendo a su casa. Al ver la cabaña donde vivía su extraña familia, decidió pensar solo en lo generoso que había sido el jarl Ragnar con ella. Le había dado dos monedas de plata, además de una bolsa llena de comida que, a Hasse, Goi y a ella misma, les duraría más de una semana.

Cuando abrió la puerta, se extrañó al ver que ni Hasse ni Goi salían a recibirla, entonces dejó sus cosas encima de la mesa y se quitó la capa de prisa, después, fue al dormitorio donde dormían Goi y ella, pero estaba vacío. Sintiendo que el corazón se le salía por la boca, buscó por todos los rincones de la pequeña casa, pero allí no había nadie.

Rezando porque a su niña no le hubiera pasado nada, volvió a ponerse la capa y salió de nuevo, aunque no sabía dónde ir. Entonces, escuchó un sonido extraño en el bosque que hizo que se quedara quieta, esperando, y vio un caballo gigantesco que avanzaba lentamente hacia ella. Se quedó de pie, observándolo, para saber si conocía al jinete, hasta que vio que su niña iba sentada delante del jinete, entonces, salió corriendo hacia ellos con la capa volando tras ella, lo que provocó que el hombre detuviera a su caballo entendiendo lo que ocurría y que bajara a la niña para entregársela, pero ella se la arrebató de las manos antes de que pudiera hacerlo.

—¡Goi! —se abrazó a ella con un sollozo y la examinó de arriba abajo, pero la pequeña sonreía, todo parecía indicar que estaba bien. Entonces explotó —¡esta vez te castigaré, te he dicho mil veces que no puedes salir sola! —después de regañarla, volvió a abrazarla con fuerza y la niña rio, rodeando con sus bracitos el cuello de la mujer. La desconocida, le dio un beso en la frente y luego, se la colocó en la cadera derecha, que era la forma en la que menos le dolía la espalda cuando tenía que cargar con ella. Más tranquila, se fijó que el hombre había tenido el buen corazón de devolverle a su hija envuelta en una manta para que no pasara frío, porque la mañana era

heladora.

—Gracias por traerla, señor ¿Dónde la ha encontrado? —pero él no contestó enseguida, solo la miraba fijamente, como si nunca hubiera visto a ninguna mujer. Era muy alto, rubio, tenía los ojos azules y parecía muy tranquilo.

Los ojos color plata de Ölisse se unieron a los helados de él que empezaron a arder. Ella pensó que parecían chisporrotear, como la leña cuando ardía.

Por fin contestó, sin dejar de mirarla:

—La niña estaba jugando un poco más arriba, siguiendo la ribera del río. La he visto por casualidad, estaba escondida tras unos árboles —Ölisse se mordió el labio preocupada porque, no conseguía apartarla de aquel lugar, a pesar de que la había regañado muchas veces —deberías tener más cuidado, es demasiado pequeña para estar sola junto al río.

—Lo sé, había dejado a alguien cuidándola, pero... —Ölisse se encogió de hombros porque estaba dando demasiadas explicaciones, algo que no le gustaba hacer —no sé dónde está Hasse, es un anciano que vive con nosotras y que la cuida cuando yo no estoy —Ölisse estaba muy preocupada, ahora que había encontrado a su hija, se daba cuenta de que a Hasse tenía que haberle pasado algo — cuando he vuelto hace unos minutos, en la cabaña no había nadie —el extranjero asintió con un gesto seco y siguió observándola en silencio. Avergonzada por su falta de hospitalidad, decidió presentarse,

—Me llamo Ölisse y mi hija se llama Goi —la niña lo miraba, abrazada al cuello de su madre con una sonrisa inocente que no la abandonaba en ningún momento —por favor, señor, nos gustaría que se quedase a desayunar con nosotras. Tengo que ordeñar la cabra de todas maneras y hay leche para todos.

—Mi nombre es Aren, y acepto, gracias —habría aceptado cualquier cosa con tal de no marcharse todavía. No quería dejarla aún, a pesar de que ella apartara la mirada continuamente, como si tuviera algo que esconder.

Cuando entraron en la cabaña, Ölisse dejó en el suelo a Goi, y, aunque la niña no solía llevarse bien con los desconocidos, no se separó de Aren en ningún momento, algo que a Ölisse le resultó sorprendente. Él insistió en acompañarlas a ordeñar y, aunque parecía un guerrero más que un granjero,

insistió en hacerlo él mismo y que ellas dos volvieran a la casa, porque estaba empezando a llover.

Volvió casi enseguida con el cántaro lleno de leche y Ölisse sirvió un tazón para cada uno y un trozo de pastel de carne, del que le habían dado en casa de Ragnar. Además, viendo el tamaño del hombre, dejó unas manzanas sobre la mesa para que cogiera las que quisiera.

Desayunaron en un extraño silencio porque ella seguía preocupada por la falta de Hasse y por conseguir que Goi comiera ya que se distraía con facilidad, y Aren, callado, seguía sus movimientos sin que ella lo notara; empezaba a entender las palabras que le había dicho su amigo Grimur después de casarse, al asegurarle que había una mujer destinada para cada uno de los berserkers y cómo se sentiría al conocerla. En ese momento no le había hecho demasiado caso, pero, en cuanto vio a Ölisse y, sobre todo, en cuanto escuchó su voz, había sentido cómo su berserker se calmaba en su presencia. Y nunca le había ocurrido nada parecido.

Decidió interrumpir el cómodo silencio que había en la cabaña porque necesitaba oír su voz.

—¿Conoces a un hombre llamado Ragnar? —ella lo miró sorprendida.

—Sí —volvió a colocar a Goi un paño para que no se manchara el vestido —por supuesto, es el jarl de estas tierras. Precisamente esta noche he estado en su casa, ayudando a Gerda en el parto de su hijo.

—¿Ragnar ha tenido un hijo? —la expresión de seriedad de Aren se había transformado en una de completa alegría.

—Sí, y es un niño muy sano.

—Bien, bien —la noticia pareció reconfortarlo —¿eres comadrona?

—No, una simple curandera.

—¿Gerda es su esposa?

—Todavía no se han unido en matrimonio —una concubina no tenía tantos derechos como una esposa, pero sus hijos podían heredar todo lo que poseían los padres —¿lo conoces? —él asintió con firmeza. Había venido a estas tierras por Ragnar y por los demás.

—Hace muchos años que no nos vemos, pero éramos buenos amigos. Estuvimos juntos en la guerra, a las órdenes del rey —los ojos color plata de

ella lo observaron fijamente, como si adivinara que detrás de sus palabras se escondía un gran secreto, pero bajó los párpados antes de que él supiera si lo había descubierto.

—Entiendo.

—Tengo que hablar con él, ¿su casa está lejos?

—No, si sigues recto el camino por el que has llegado hasta aquí, en poco tiempo verás unos campos de cultivo y después te encontrarás con la empalizada. Dolo debes de tener cuidado de no desviarte del camino.

—Entonces, será mejor que me vaya —la niña, al ver que Aren se levantaba, hizo lo mismo y se lanzó hacia él abrazándolo por las piernas. Él posó sus grandes manos sobre los hombros de Goi antes de hablarle suavemente —pequeña, lo siento, pero tengo que irme. Aunque, volveré a verte otro día, si tú quieres —Goi asintió y se dirigió a Ölisse moviendo las manos con algún tipo de señal que solo entendían ellas dos y que él nunca había visto antes. Entonces, Ölisse sonrió, aunque sus ojos no lo hicieron.

—Dice que quiere que vengas otro día —él preguntó algo con la mirada y ella le contestó —Goi es muda de nacimiento, pero es una niña muy feliz, ¿no es cierto amor mío? —cogió a la niña en brazos y las dos se lo quedaron mirando y Aren supo que no había visto nunca a una madre y una hija, que se quisieran más que ellas.

—¿Siempre estáis solas? ¿No sería mejor que vivierais en el pueblo? —Ölisse pareció ponerse nerviosa por la pregunta.

—No estamos siempre solas. Mi marido es soldado y está en el ejército y, cuando él no está, Hasse vive con nosotras —apartó la mirada, inquieta —estoy preocupada por si le ha pasado algo, porque él no dejaría sola a mi niña por su voluntad.

Aren no pudo alargar más la despedida y se fue, después de agradecer el desayuno, y de que ella hiciera lo mismo por haberle devuelto a su hija.

Ragnar estaba aburrido, había estado mirando a su hijo largo rato y era lo más parecido a un troll que uno se pudiera imaginar. Había creído que ese ser cuyo nacimiento tanto había esperado, conseguiría ablandar esa parte de su interior que, cada día, se iba haciendo más dura, pero nada más lejos de la realidad. Por supuesto, lo defendería y lo protegería con su vida, pero aparte

de ese gigantesco sentido de protección que había desarrollado por el pequeño, no notaba que hubiera cambiado nada dentro de él.

Estaba desayunando tarde, porque había estado bebiendo con algunos de sus soldados hasta el amanecer, para celebrar que iba a ser padre y por eso le había costado tanto levantarse. Cuando terminó, Torá, una de las esclavas de la casa, le retiró el plato lanzándole una sonrisa invitadora, pero él ni siquiera la vio, estaba demasiado distraído para notarla. De repente, un sexto sentido hizo que mirara hacia la puerta, donde un hombre lo observaba de pie, en el umbral.

Algo lo hizo levantarse y esperar a que el desconocido llegara junto a él mientras se ponía la mano en la frente como visera, porque la luz del sol que entraba por la puerta lo deslumbraba.

Cuando por fin lo reconoció, una gran sonrisa se extendió por su cara, mientras se acercaba a Aren y lo abrazaba como si fuera un hermano perdido años atrás.

DOS

Después del abrazo, se separaron y juntaron sus antebrazos durante unos segundos, en un gesto que significaba la renovación de su juramento de amistad y que era común entre los mercenarios que habían estado sirviendo al rey, como su guardia personal.

—Hola, Aren —su antiguo amigo lo miraba a los ojos con expresión preocupada, seguro de que el motivo que lo habría llevado hasta allí sería algo grave. Desgraciadamente, siempre que había sabido algo de sus antiguos compañeros del ejército, eran malas noticias, pero el recién llegado al ver su gesto de amargura, le dijo:

—Tranquilo Ragnar, no ha ocurrido nada malo, al contrario. Vengo a traerte una buena nueva que afecta a Grimur. Y, en cierta manera, a todos nosotros —su amigo se sorprendió y relajó un poco su expresión.

—Me alegra saberlo, porque creí que me traías la peor de las noticias sobre él. Siempre pensé que vendrías juntos a visitarme —durante muchos años, Grimur y Ragnar habían sido como hermanos. Todo el grupo se llevaba bien, pero la unión entre ellos dos, siempre había sido muy especial —siéntate Aren y bebe algo conmigo que te limpie el polvo del camino de la garganta —miró a su alrededor y, al no ver a nadie, gritó —¡Torá, ven aquí y atiende a mi invitado!

Enseguida, apareció una mujer joven que los llevó un par de copas y una jarra de hidromiel, así como un poco de queso, ellos se sentaron, pero Aren esperó a que la mujer se fuera antes de hablar,

—Creo que debo felicitarte porque has sido padre —Ragnar soltó una carcajada, feliz, y le dio una palmada fuerte en el hombro.

—¡Sí, hombre sí, en cuanto terminemos, te llevaré a ver a mi Ari! Ya verás que buen mozo es y qué pulmones tiene. Y no siente ningún respeto por su padre, incluso cuando lo tengo en brazos, si tiene hambre, grita como un descosido —los dos rieron encantados hasta que Aren, de nuevo serio, puso

una mano en el hombro de su amigo, para desearle la mejor de las suertes.

—¡Que Odín permita que crezca fuerte y valiente como su padre! — Ragnar no pudo evitar una sonrisa de padre primerizo, pero enseguida quiso satisfacer su curiosidad.

—Pero ¿cómo te has enterado? ¡Si acabas de llegar!

—En realidad, he hecho una parada antes, por casualidad, en una cabaña que hay cerca de los campos de cultivo. En ella viven una mujer, Ölisse, con su hija. Ella es la que me ha dicho lo de tu hijo y además me ha invitado a desayunar —Ragnar asintió, observándolo con curiosidad.

—Es una buena mujer y aún mejor curandera, todas las mujeres embarazadas quieren que ella las acompañe en el parto ¿Quieres más hidromiel? —Aren rechazó la invitación con un movimiento de cabeza y decidió aprovechar el momento a solas con su antiguo amigo, para hacer algunas averiguaciones.

—Me dijo que su marido está en el ejército.

—Pareces muy interesado en ella —Ragnar esgrimió, de nuevo, la mirada que Aren recordaba tan bien y a la que nada escapaba, y soltó una risita cuando por fin entendió —poco más te puedo decir, amigo —pensó lo que iba a decir durante unos segundos —creo que no he visto nunca a su marido, pero es normal. Seguramente le ocurre lo mismo que a nosotros cuando éramos soldados, que no aparecíamos por casa, ¿lo recuerdas? —Aren asintió.

— Y ¿a ella, la conoces desde hace mucho?

—No, vinieron a vivir aquí hace pocos años —se encogió de hombros — creo recordar que la vi alguna vez con su hija, cuando la cría era muy pequeña —Ragnar tenía una sonrisa irónica —has cambiado mucho, amigo, antes no te gustaban las mujeres casadas.

—Ahora tampoco —contestó abruptamente, porque no quería poner nombre a lo que había sentido desde el momento en el que vio a Ölisse, y, además, porque también se sentía mal consigo mismo por intentar conseguir información de ella a escondidas. Mientras él estaba diciendo a sí mismo que no le gustaba cómo se estaba comportando, Ragnar decidió que no quería esperar más y le preguntó, mirándolo fijamente:

—¿Qué has venido a contarme?

—Puede que ya hayas descubierto lo que tengo que decirte, por tu unión con tu compañera —pero Ragnar lo miró de una forma, que Aren supo que su espíritu seguía salvaje y descontrolado.

—La madre de mi hijo y yo llevamos más de un año juntos, porque nos ha interesado a los dos. De esta relación, si quieres llamarla así, ha nacido Ari, pero no hay nada más —su voz era áspera como si le costara reconocerlo.

—Me sorprende oírte hablar así de la madre de tu hijo —una mirada de Ragnar le dijo que no era tan sencillo como parecía y si él no quería contarlo, él no insistiría en que lo hiciera, por eso decidió continuar la conversación por otro camino —¿has tenido problemas con el berserker? —el dueño de la casa lo miró intentando adivinar cual era la verdadera razón de su visita y dio un largo trago a su copa de cerveza antes de contestar.

—Sí, cada vez más a menudo —dejó su copa sobre la mesa con un golpe seco y miró a su alrededor —cuando ocurre, me voy a la isla con los otros y paso allí unos días.

—¿Te refieres a otros como nosotros?

—Sí, allí hay sitio para todos y no pueden hacer daño a nadie.

—¿Cuántos quedan?

—¿Cuerdos? —a pesar de que era una broma, ninguno de los dos se la tomó como tal.

—Sí.

—Siete. Jan, Leif, Finn, Knut, Lars, Wulf y Orvar —Aren se echó hacia atrás en la silla, incrédulo.

—¿Solo siete? —su pregunta sonó desesperanzada porque, cuando los hombres-berserkers estaban al servicio del rey, eran doce. Y todos, exceptuando Grimur y él mismo, se fueron con Ragnar, así que habían muerto veinticinco —¿Cómo murieron? ¿O es mejor que no pregunte? —su amigo se encogió de hombros y no contestó.

El destino final de los berserkers según lo que todos sabían hasta ahora, era la muerte, siendo aún jóvenes. Llegaba un momento en el que se volvían locos y peleaban contra cualquiera que estuviera a su lado, fuera amigo o enemigo, porque ya no distinguían entre ellos. El berserker iba tomando poco a poco el control de su mente, hasta que finalmente se hacía totalmente con ella

y ya no podían pensar con claridad. Pero Aren, gracias a Grimur, sabía que ahora había esperanza y quería que los demás lo supieran.

Se inclinó hacia delante deseando explicarle lo que había descubierto días atrás.

—Grimur se ha casado —Ragnar abrió los ojos como platos, porque conocía muy a su amigo y jamás habría creído que se casaría. Pero antes de que pudiera preguntar nada más, Aren siguió hablando —hace pocos meses, salió a navegar para conseguir mujeres debido a la escasez que hay en nuestra tierra. Decidió que, lo más rápido, era visitar un asentamiento y robarlas de allí —hizo un gesto con la mano porque se estaba alargando demasiado — pero por el camino se tropezaron con un barco pirata y lo asaltaron al ver que llevaba algunas esclavas. En cuanto las vio de cerca, se sintió muy atraído por una de ellas, Astrid, la que ahora es su esposa.

—Tiene que ser la mujer más bella sobre la tierra porque lo he visto mirar fríamente a mujeres impresionantes, si tenían mal carácter. Decía que no merecía la pena si había que discutir con ellas.

—Lo recuerdo, pues me dijo que su nueva esclava era una mujer insoportable, con mal carácter y muy rebelde —Ragnar y él estallaron en carcajadas al imaginar cómo lo habría molestado tener que tratar con una mujer así —pero que, a pesar de todo, desde el principio no fue capaz de castigarla —Ragnar arqueó las cejas —y nunca lo hizo, ni dejó que nadie más lo hiciera.

—¡Increíble!

—Decía que se sentía incapaz de hacerle daño, porque sería como hacérselo a sí mismo.

—¿Qué tontería es esa? ¿qué me quieres dar a entender con esta historia? —como Ragnar parecía impaciente, intentó calmarlo.

—Espera, enseguida lo entenderás. Cuando me lo contó, quise saber cómo reaccionaba el berserker en presencia de la mujer y ahí encontré la explicación a lo que le ocurría —Ragnar parecía fascinado por sus palabras —porque me dijo que el berserker se quedaba embobado cuando estaba con ella, tan tranquilo que casi no notaba su existencia.

—¡Por Odín! —Ragnar lo miraba boquiabierto —¿qué quieres decirme?

¿acaso...?

—Ten un poco más de paciencia, por favor, y déjame que termine de contártelo. Lo siguiente que me dijo es que había conseguido comunicarse con el espíritu. Los sentimientos que despertaba la mujer en él provocaron que se le ocurriera hacerlo y un día le preguntó qué significaba Astrid para él.

—¿Y la criatura contestó?

—Sí, y dijo que era su andsfrende —esperaba que, al escuchar el nombre, viera en sus ojos algún tipo de reconocimiento, pero se dio cuenta de que no era así —¿no has oído ese nombre nunca? —Ragnar negó con la cabeza sin atreverse a hablar y Aren, entonces, abrió su bolsa de viaje para sacar la piel que le había dado su padre tanto tiempo atrás. La había transportado enrollada, tal y como la guardaba en un arcón desde que su padre se la entregó, y la alisó sobre la mesa ante Ragnar para que pudiera verla con claridad.

—Mira esto.

Sobre la parte interna de la piel alguien había escrito con tinta unas líneas en el idioma antiguo. El paso de los años había apagado el color de las palabras, pero todavía se leían bien. Era una profecía y decía así:

PROFECÍA DEL BERSERKER

(FRAGMENTO DE LA SAGA NÓRDICA BARJTBÖRG)

... Y algunos hombres pertenecientes al valiente pueblo vikingo nacerán con un berserker* en su interior, y su alma solo estará completa cuando acepten a su andsfrende*en ella.

... Y si no lo hacen, renacerán en la tierra por tres veces y sus tres vidas estarán llenas de atroces sufrimientos, hasta que acepten a la mujer que les ha sido destinada.

... Y si continúan negándose a aceptar los designios de Odín, serán castigados con una vida de esclavitud en la isla mágica de Selaön, donde su agonía durará al menos 500 años.

Y nunca encontrarán la paz.

*Espíritu muy agresivo que poseía a algunos vikingos en la antigüedad, y que atormentaba su mente de tal manera, que conseguía que murieran locos, matando a todos los que los rodeaban. La leyenda dice que ese espíritu solo se calmará si el hombre que lo porta en su interior encuentra a su compañera, lo

que ellos llamaban su andsfrende.

Cuando Ragnar terminó de leerlo, se volvió hacia él

—¿Qué es esto? —mientras preguntaba, seguía mirando la piel siguiendo las líneas escritas con un dedo encallecido por el trabajo y las peleas.

—Me la dio mi padre, pero yo creía que solo era una leyenda, una más de las historias que me contaba de pequeño. Cuando era niño me hizo prometer que la conservaría, antes de marcharse a la guerra, donde murió. Recuerdo que, aunque yo solo tenía trece años, no me sorprendió su muerte porque él siempre decía que le costaba mucho seguir viviendo sin mi madre. Ella había muerto al nacer yo.

—¿Te dijo algo más?

—Que la andsfrende es la salvación de un berserker, es la única mujer que puede conseguir que viva muchos años cuerdo y feliz. Mi madre era la andsfrende de mi padre —levantó la mirada y vio la negación en la cara de su amigo —Ragnar, él era un hombre muy fuerte, pero siempre estaba triste, y solo lo veía sonreír cuando la recordaba —al ver el gesto de incredulidad de Ragnar, se desesperó —¿tendrías que ver cómo ha cambiado Grimur!, eso sí que te convencería ¿Por qué no vas a verlo?

—Puede que lo haga. Y ¿has venido hasta aquí para contarme esto?

—A ti y a los otros. Todos nos merecemos tener esperanza.

—Es cierto —se quedó mirando su copa con una sonrisa irónica. Aunque él mismo no lo creyera, haría lo que fuera para mejorar el ánimo de los otros berserkers. Aren lo conocía bien —te llevaré hasta allí ¿Cuánto tiempo te vas a quedar con nosotros?

—Tengo una granja que cuidar —Ragnar se rio por lo bajo al imaginar al sanguinario Aren como granjero —así que no demasiado.

—De acuerdo, entonces podemos ir mañana o pasado, si quieres. Se tarda un par de horas en llegar hasta allí.

—Ragnar, sé que no crees lo que te he contado —levantó la mano para evitar sus palabras —sé que no es por falta de confianza, simplemente no crees que existan esas mujeres, pero te puedo demostrar que ha habido más casos ¿Has oído hablar de Erik el Rojo?

—¡Claro!

—También estuvo en el ejército y cuentan que también era berserker.

—Lo sé, pero ¿qué tiene que ver él con lo que me has contado?

—Al parecer, fue el primero que consiguió no volverse loco a pesar de ser un berserker. Tuvo varios hijos que también lo eran y todos ellos tuvieron una familia y una vida normal, y, todos, murieron de viejos —señaló la piel escrita —lo que dice ahí es cierto Ragnar, y también que Grimur ha cambiado. Ahora se siente un hombre como cualquier otro.

—Es posible —se levantó porque no deseaba seguir hablando. No lo reconocería ante nadie, pero cuanto más le hablaba Aren de las mujeres destinadas a los berserkers, más sentía esa falta dentro de él —si has terminado, me gustaría presentarte a mi hijo —Aren lo siguió con una sonrisa, aunque sentía no haber podido convencerlo. Así sería mucho más difícil que los demás lo creyeran.

TRES

Ölisse pasó el resto de la mañana limpiando la cabaña y cada vez más preocupada porque Hasse seguía sin aparecer. Sentía su ausencia como una piedra en el estómago, intuyendo que no volverían a verlo.

Lo había conocido al poco de llegar al pueblo cuando Henna, la mujer del panadero, lo había traído a la cabaña en su carro porque se lo había encontrado tirado en la puerta de la panadería con fiebre. Ölisse lo había cuidado hasta que se había recuperado y, al ver que no tenía donde ir, había llegado a un acuerdo con él. Viviría con ellas y la ayudaría en algunas de las tareas de la casa, y cuidaría de su hija siempre que Ölisse tuviera que marcharse a trabajar. Y, hasta ahora, siempre había cumplido con su parte del acuerdo.

Cuando terminó de limpiar, decidió salir a dar un paseo hasta los campos de cultivos para preguntar allí si lo habían visto, porque todos los campesinos lo conocían. Además, aprovecharía para recoger algunas hierbas, ahora que no llovía y tampoco hacía demasiado frío. Siempre tenía en cuenta el tiempo antes de salir, por la frágil salud de Goi.

Cogida de la mano de su hija, caminaron hasta la explanada que había tras los campos de cultivo de Ragnar, por donde solían crecer varias de las hierbas que más utilizaba en sus remedios. Goi enseguida vio un grupo de dientes de león y la miró señalándolos, preguntando, a su manera, si la dejaba ir a jugar con ellos.

—Pero solo puedes tocar los dientes de león ¿estás segura de que los reconoces? —la niña asintió sonriente y se inclinó para arrancar uno de ellos que estaba entre las dos y lo levantó enseñándoselo a su madre. Ölisse rio al verla, dejándola marchar y Goi lo hizo, feliz, dando saltos y soplando los pelillos de la planta que salían volando.

Ella aprovechó para recolectar hierbas, mientras su mente, inquieta, volvía al hombre que había conocido esa misma mañana.

Al principio, se había sentido asustada por su tamaño, era tan grande como el jarl o quizás más y había visto lo agresivo y furioso que podía ponerse Ragnar. Pero Aren parecía distinto, había tratado a Goi con mucho cuidado, casi con ternura, consiguiendo que Ölisse lo mirara sin miedo. No había más que ver cómo se abrazó Goi a él cuando se marchaba y eso que era una niña muy tímida con los desconocidos. Se había dado cuenta de que era un berserker al igual que Ragnar y, aunque la mayoría de la gente los temía, ella, por experiencia propia, sentía todo lo contrario.

—¡Qué suerte! —acababa de encontrar un grupo bastante grande de caléndulas, su extracto servía para curar irritaciones de la piel, infecciones y para aliviar el picor. Además, también se podían utilizar en lugar del carísimo jabón. Era lo que usaban ella y Goi para lavarse. Se arrodilló y cogió el puñalito que llevaba siempre en su bolsa, para cortarlas de manera que volvieran a crecer, tal y como le había enseñado su madre. Cuando las estaba guardando, escuchó un gimoteo. Levantó la cabeza buscando a Goi, pero no la vio, entonces, se puso en pie tirando la bolsa y el puñal y la llamó:

—¡Goi! —pero la niña no vino y ella comenzó a andar hacia el lugar por donde creía que estaba.

Volvió a escucharla llorar y salió corriendo hacia el sonido, que venía detrás de unos arbustos, pero, antes de llegar, escuchó un grito que hizo que se le pusieran los pelos de punta. No podía imaginar qué sería lo que había conseguido que su hija gritara, pero, hasta entonces, jamás la había escuchado hacerlo. Rodeó los arbustos y se la encontró de pie intentando volver a gritar, aunque no le salía la voz, entonces vio a Ölisse y se acercó a ella dando traspiés y llorando con el mismo sonido que había escuchado antes, mientras señalaba hacia su derecha con el bracito extendido, aunque miraba a Ölisse, como si no ella no quisiera mirar.

A Ölisse no le extrañó que su hija no quisiera ver la escena porque, si ella pudiera, tampoco lo haría. Con los ojos como platos, cogió a su hija en brazos, murmurando frases tranquilizadoras, observando a Hasse muerto, con un puñal clavado en el corazón.

—Tranquila, cariño, tranquila —miró a su alrededor sintiendo, por primera vez en su vida, miedo por lo aislado que estaba aquel lugar. A lo lejos

vio a los hombres que estaban trabajando en los campos y comenzó a andar hacia ellos lo más deprisa que podía, aunque le costaba hacerlo ya que Goi se había agarrado a su cuello con tanta fuerza, que casi no la dejaba respirar —hija, tienes que soltar un poco los brazos o me vas a ahogar —la niña aflojó un poco, pero siguió abrazándola. Ahora que ya no veía a Hasse, Goi se tranquilizó un poco y apoyó la cabeza en el hombro de su madre, respirando irregularmente por el susto. Se mantenía abrazada a su madre rodeándola con los brazos y las piernas.

Por fin llegaron donde estaban los hombres que estaban labrando y Ölisse estuvo observando a todos hasta que reconoció a uno de ellos, un sirviente de Ragnar al que había tratado varias veces por dolor de muelas.

—¡Viggo! —al escuchar su nombre, levantó la cabeza buscando quién lo llamaba hasta que la vio. Sonrió al reconocerla y la saludó con la mano en alto, acercándose a ella.

Era un poco más alto que Ölisse, muy rubio, con los ojos oscuros y aspecto extranjero, y muy agradable. Cuando estuvo lo bastante cerca como para ver la expresión de la mujer, se puso serio.

—¿Ocurre algo? —ella asintió y se quedó un momento en blanco porque no quería decirlo delante de su hija, pero no podía separarse de ella, porque le daría un ataque. Decidió que se lo diría lo más tranquilamente posible, intentando no poner a Goi aún más nerviosa de lo que estaba.

—Necesitamos tu ayuda Viggo ¿Ves dónde están esos dos arbustos grandes? Justo en el límite de los campos —el hombre miró hacia allí y asintió —hemos encontrado el cuerpo de Hasse —a pesar de que hablaba en voz muy baja, su hija gimió al escucharla por lo que terminó lo antes posible —alguien lo ha matado —Viggo parecía incrédulo, pero no hizo ningún comentario, solo dijo:

—Voy a ver, espera aquí un momento —salió corriendo, tardando muy poco en llegar al lugar donde yacía el anciano.

Ölisse respiró hondo para evitar las lágrimas y se sentó en un tocón de piedra acariciando la espalda de Goi.

Antes de que volviera a levantar la vista, Viggo ya había vuelto. Estaba pálido, lo que no la sorprendía porque en los años que llevaba en aquellas

tierras, nunca había ocurrido algo parecido. Ragnar gobernaba toda la región con puño de hierro, no era el jarl más simpático del mundo, pero no consentía las injusticias ni las conductas bestiales entre hombres, que eran comunes en otros asentamientos. Aquí todos vivían en paz o eso pensaban hasta ahora.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —ella se encogió de hombros y lo miró, pero él tenía la mirada puesta en los arbustos —tengo que ir a decírselo a Ragnar y me gustaría que vinierais conmigo, por si quiere preguntarte alguna cosa. Además, preferiría no dejarte aquí sola —ella aceptó porque ya lo había pensado, además, por el momento prefería no volver a su cabaña, al menos hasta que se le pasara el susto. Estaba demasiado cerca del cuerpo de Hasse.

—Tengo que llevar a Goi conmigo.

—Claro, iremos en la carreta. Luego vendrá alguien a por Hasse, es mejor que no lo toquemos —Ölisse meneó la cabeza con tristeza.

—Siento dejarlo ahí, pero creo que tienes razón.

—Vamos —las ayudó a subir y se encaminaron hacia la torre, que era como todos llamaban la casa de Ragnar.

Aren estaba escuchando la explicación que le estaba dando Ragnar, visiblemente orgulloso. Los dos estaban apoyados en la empalizada de piedra que rodeaba su pueblo

—Todo lo que ves a tu alrededor —señaló con la mano el pozo, las casas y la torre —hace ocho años, cuando llegué aquí, no existía. Lo primero que construí fue una cabaña para guarecerme del frío y la lluvia.

—¿Y cuándo llegaron los demás? —Ragnar lo pensó durante un momento.

—Estuve solo al menos dos años. Los primeros que llegaron fueron dos soldados de los nuestros, que ya no están. A los pocos meses, llegó otro grupo y ya no cabíamos en la cabaña, así que decidimos construir otra —a pesar de su conocido mal genio, Ragnar había acogido en su casa a un buen número de hombres que no tenían a dónde ir.

—Me has dicho antes que llegasteis a ser treinta y dos berserkers y no lo entiendo porque, cuando estábamos en el ejército, la guardia del rey siempre la formábamos doce soldados.

—No todos procedían del ejército —Aren lo miró atónito.

—¿Qué dices? ¿y de dónde venían? —Ragnar sonrió irónicamente.

—De todo el país. No todos los berserkers se meten a soldados y no podía dejarlos tirados simplemente porque no los conocía. Decidí que a todos los que tuvieran la desgracia que teníamos nosotros, los consideraría como parte de mi familia.

—Pero ¿no te dio miedo de que pudieran matar a otras personas, a inocentes?

—Sí, y cuando empezaron a llegar familias para establecerse aquí, hubo algunos...problemas. Entonces decidí que todos se fueran a la isla.

—Exactamente, ¿dónde está esa isla?

Ragnar se giró un poco y señaló el mar, que se veía desde allí.

—Frente a la costa, ahora no se puede ver porque hay mucha bruma, pero cuando el día es soleado se ve muy bien desde aquí. No es muy grande, pero la barrera del agua es suficiente para controlarlos cuando están fuera de sí. Además, para controlarlos está Wulf que es el mejor jefe que podrían tener. En cuanto tienen un ataque, los aísla en una celda hasta que se les pasa, así no hacen daño a nadie, ni tampoco a sí mismos —Aren se tensó al pensar en cómo sería la vida de aquellos hombres.

—¿Están encadenados?

—¿Por quién me has tomado? —vociferó, pero, cuando levantó la voz, algo chisporroteó en los ojos de Aren, avisándole de que no se fiara de su aparente mansedumbre y, enseguida, se calmó —sabes que yo no haría algo así, son como tú y como yo. Solamente entran en las celdas cuando se vuelven muy agresivos porque el berserker ha tomado el mando.

Wulf a veces ha conseguido que ellos mismos entren en la celda cuando están a punto de perder el control y... —Aren nunca supo lo que iba a decir a continuación, porque la atención de su anfitrión se desvió hacia la carreta que atravesaba la empalizada en ese momento, dirigiéndose a la entrada de la torre. Ragnar echó a andar hacia allí, murmurando —¿Ha pasado algo!

Aren miró hacia la carreta y su cuerpo se tensó al darse cuenta de que junto al hombre que controlaba a los caballos estaba Ölisse con su pequeña, que se aferraba a ella como si le fuera la vida en ello y, sin ser consciente de ello, corrió para acercarse antes que nadie a ellas y en cuanto paró la carreta, alargó los brazos hacia la mujer,

—Dame a la niña, así podrás bajar mejor —pero Goi no quería separarse de su madre y empezó a berrear, hasta que Aren la habló con voz tierna,

—Goi, escúchame —la niña, al escuchar su voz, se volvió hacia él dejando de llorar y lo miró, esperando sus palabras —solo quiero cogerte para que tu madre pueda bajar del carro ¿Te vienes conmigo? —ante la sorpresa de Ölisse, se echó en los brazos de Aren sin emitir ningún sonido, abrazándose a su cuello de la misma manera que lo había estado al de su madre un momento antes.

Viggo, en ese corto espacio de tiempo, ya le había contado a Ragnar lo ocurrido y en cuanto ella bajó del carro, escucharon las órdenes del jarl.

—Ve a buscar a Noak y a Egill y que te ayuden a traer el cuerpo. Cuando lo tengáis aquí, bajadlo a las mazmorras por la puerta trasera, vamos a intentar no asustar a la gente —Viggo se despidió de Ölisse y se marchó con la carreta para cumplir las órdenes. Después, Ragnar se acercó a ellos y entró en la torre, diciendo:

—Seguidme —los condujo hasta el salón, donde había dos sirvientas limpiando, a las que ordenó que se llevaran a la niña durante un rato. Ölisse trató de convencerla para que se fuera con ellas, pero Goi no cedía, hasta que una de ellas, llamada Torá, le dijo:

—¿No te gustaría que te llevara a ver los caballos? Creo que te gustan mucho ... —la niña, muy seria, se separó de su madre y le dio la mano a la sirvienta para que la llevara, aunque, antes de salir del salón lanzó a Ölisse una mirada tan triste que le partió el corazón.

Cuando Ölisse se dio la vuelta, Ragnar esperaba impaciente sentado en el sillón del jarl y ella se aproximó lo más deprisa posible para no hacerle enfadar. Aren la siguió con un ritmo más tranquilo, quedándose de pie a medio camino entre ella y Ragnar, por si ella lo necesitara.

—Mujer, dice Viggo que tú has encontrado el cadáver.

—Sí, se llamaba Hasse —Aren se preocupó al ver que ella se retorció las manos —anoche lo dejé cuidando de mi niña, mientras vine a ayudar con el parto de tu hijo.

—¡Ah!, ¿era ese anciano borrachín? —Ragnar se quedó pensativo al recordar quién era el muerto —no parecía de los que van buscando pelea...

—No era un borracho —no le gustó que hablara de él con ese desprecio —a veces bebía, es cierto, pero nunca hizo daño a nadie.

—¿Era familia tuya?

—No.

—¿No? ¿Dónde vivía?

—Desde hace un par de años, en mi casa —Ragnar la miró incrédulo al pensar que estaba engañando a su marido. Cuando él estaba en el ejército, su mujer lo engañó con otros hombres y, desde entonces, se tomaba muy mal que otras mujeres les hicieran lo mismo a otros soldados —y ¿qué dice tu marido sobre eso? ¿o quizás es un ingenuo que cree que le eres fiel? —ella soltó un pequeño grito por la sorpresa, pero no se sintió con fuerzas para defenderse de su agresividad y se quedó mirando hacia el suelo, porque no podía contarle la verdad.

Ese gesto provocó que Ragnar se terminara de enfadar y se levantó para acercarse a ella. Quería ver su cara de cerca y saber si era una mentirosa o no, pero no pudo hacerlo porque Aren se interpuso entre los dos.

—¡Ragnar, retrocede si no quieres pelear conmigo! ¿Cómo te atreves a tratarla así? —el jarl miró atónito a su amigo, cuyos ojos se habían vuelto de un azul incandescente. Era el color que tenían los ojos de los berserkers durante los ataques, y su voz se había vuelto tan grave que no parecía la de Aren. No quería perder otro amigo, así que decidió intentar aplacarlo y retrocedió despacio, levantando las manos en son de paz,

—Tranquilo, ha sido un error. Por supuesto que no he querido faltarle al respeto a... —miró a la mujer pidiéndole ayuda, inconscientemente, porque no recordaba su nombre y ella susurró mirando a Aren:

—Ölisse.

—...a Ölisse —Aren asintió y se hizo a un lado intentando calmarse, aunque notaba que la sangre corría impetuosa por sus venas, susurrando a su cuerpo la necesidad de pelear. Permaneció junto a ella mientras notaba cómo su corazón, lentamente, se acompasaba al de la mujer. Nunca había oído antes que tal cosa fuera posible, ni tampoco entendía cómo lo había notado, pero así lo había sentido.

Después de unos minutos, cuando lo vio tranquilo de nuevo, Ragnar siguió

hablando

—Bien...Ölisse, perdóname si te he asustado, y ahora dime ¿sabes quién puede haber matado a Hasse?

—No, nunca he sabido que se llevara mal con nadie. Era un buen hombre, al que le gustaba beber de vez en cuando, pero nada más. Era muy cariñoso con la niña —Ragnar se dio un par de golpecitos en la barbilla y preguntó,

—¿Crees que la niña puede haber visto algo?, tú dices que la noche anterior estuvo con él...

—No lo creo, además, cuando volví al día siguiente, él ya no estaba y por el estado del cadáver, creo...creo que debieron de matarlo ayer —había visto demasiados muertos en su vida debido a su profesión, y sabía, nada más verlo, si la muerte había sido más o menos reciente.

—De todas maneras, tendremos que preguntar a tu hija —Ölisse pensó protestar y recordarle que su hija no podía hablar, pero los interrumpió una voz que ella conocía muy bien.

—¡Ragnar, amor mío!, creía que ibas a venir a estar un rato con nosotros.

Gerda entró en el salón llevando a su hijo en brazos y se acercó a Ragnar para que pudiera saludarlo. La rapidez con la que Gerda se recuperaba de los partos no dejaba de asombrar a Ölisse, pero su atención se desvió al ver cómo sonreía el jarl al ver a su hijo y cómo lo levantaba cuidadosamente, acunándolo entre sus musculosos brazos y consiguiendo que el niño, que estaba lloriqueando, se callara. A su padre aquello le hizo gracia y lo dijo en voz alta:

—¡Mira, Aren!, mi hijo ya me reconoce —relajados porque hubiera desaparecido la tensión entre los dos hombres, todos rieron, incluso Gerda que se sentó en la silla más cercana de donde se encontraba el jarl, sosteniendo al pequeño Ari. Hizo una mueca al sentarse debido al dolor y luego se dirigió a Ölisse.

—¡Hola Ölisse!, no sabía que había alguien enfermo en la casa... —la sonreía esperando una respuesta, pero la muchacha no pudo contestar porque Ragnar lo hizo por ella.

—No es por eso por lo que Ölisse está aquí, Gerda. Por desgracia alguien ha matado a Hasse y ella lo ha encontrado. Ella y su hija, y ahora hablaré con

la niña —al ver a Torá cerca, le dijo que trajeran a Goi y Ölisse, asustada, quiso negarse a que lo hicieran.

—Ragnar, por favor, mi hija es muy tímida y se asusta con facilidad, además, no puede hablar, todos lo sabéis —Aren, sintiendo su miedo, se acercó a ella intentando transmitirle su fuerza involuntariamente, aunque entendía la decisión de su amigo de intentar, al menos, hablar con la niña, por eso, susurró para que solo le escuchara Ölisse:

—Tranquila, no le pasará nada —cuando escuchó su voz junto a su oído, ella se calmó.

—Aquí está —Goi andaba despacio, asustada, y agarrada a la mano de la sirvienta, hasta que vio a su madre y salió corriendo hacia ella. Ölisse la cogió en brazos y miró a Ragnar que había fruncido el ceño, porque varios de los sirvientes de la casa estaban esperando en el umbral del salón para ver qué ocurría. A Aren se le ocurrió algo que le comunicó a su amigo en voz baja, Ragnar lo miró y asintió, antes de anunciar:

—Aren, Ölisse y la pequeña, que me sigan.

Después, salió del salón dirigiéndose a una habitación que había al final de un largo pasillo, en la que había una mesa y varias sillas alrededor. Era el lugar que utilizaba Ragnar para sus reuniones. Esperó a que entraran, cerró la puerta y ordenó:

—Sentaos.

CUATRO

Ölisse se sentó con cara de preocupación en uno de los taburetes de madera que había alrededor de la mesa, y Goi se subió en su regazo escondiendo la cara en su cuello. Ragnar, al verlas, intentó entender por qué todos creían que él sería capaz de hacer daño a una niña tan pequeña, pero, al mirar la cara de Aren, decidió terminar aquello lo más deprisa posible y se sentó junto a ellas. Aren, sin embargo, se quedó de pie junto a ellas, preparado para protegerlas.

Ragnar se quedó mirando la espalda de la niña unos segundos y, después, se dirigió a Ölisse:

—Necesito que me mire —ella le dijo algo a su hija al oído que hizo que la niña girara la cabeza para mirar fijamente al jarl, pero, al ver su expresión, volvió a asustarse y a ponerse en la misma posición que antes. Ragnar, poco acostumbrado a que lo contradijeran, soltó un gruñido involuntario que fue contestado por otro aún más feroz, que hizo que se pusiera de pie y que su mano se dirigiera a su espada, mirando a Aren.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco? —el cuerpo de Aren había comenzado a temblar por la ira y sus ojos, de nuevo incandescentes, estaban fijos en Ragnar, mientras sentía que perdía el control por momentos. De repente, de su boca salió una voz escalofriante que no parecía la suya.

—Esta mujer y su hija están bajo mi protección. No te atrevas a faltarles el respeto nunca más —Ragnar lo miró como si estuviera loco durante unos instantes, hasta que se dio cuenta de lo que le ocurría. Recordó la conversación que habían tenido, solo un rato antes, y eso le hizo comprender lo que le ocurría, por eso, le enseñó las palmas de las manos en señal de rendición y le dijo,

—Aren, amigo, tengo que hablar con la niña, pero no le voy a hacer daño. Te lo juro.

Pero Aren ya era incapaz de razonar, respiraba con dificultad y temblaba

incontroladamente. Ragnar había visto a demasiados amigos morir así, por eso reconoció lo que le ocurría y, en un acto desesperado, recordando la profecía que le había mostrado Aren poco antes, se inclinó hacia la mujer que los observaba extrañamente tranquila y susurró —creo que eres la única que puedes calmarlo ¿Quieres intentarlo? —ella, pálida, miró a Aren y dudó un momento, entonces, Ragnar, insistió —te deberé un gran favor si lo haces, mujer. Él solo intenta protegeros a ti y a tu hija.

Ölisse dejó a su hija sentada en el taburete y comenzó a acercarse a Aren, que se había pegado a la pared intentando protegerlos de su furia. Ragnar la siguió a poca distancia, por si estaba equivocado y, por desgracia, tenía que atacar a su amigo para que no le hiciera daño.

Ölisse vio la furia infinita que destilaban sus ojos. Desde que había empezado el ataque, ella había sentido una especie de vibración que procedía de él y que llegaba al cuerpo de ella como una caricia. Ahora, Aren seguía sus movimientos mirándola fijamente como si no hubiera nadie más en la habitación, y se dio cuenta de que, cuanto más se acercaba ella, más se tranquilizaba él. Cuando estuvo a pocos centímetros, empezó a hablar con él empleando un tono de voz bajo y dulce, igual que hacía con sus pacientes cuando intentaba que se tranquilizaran y que aceptaran sus curas, aunque con él se sentía como si estuviera ante un animal salvaje que podría atacar a cualquiera sin que mediara ninguna provocación, excepto a ella.

—Aren, soy Ölisse ¿te encuentras bien? —levantó la mano derecha lentamente y la colocó sobre su mejilla y, mientras lo miró a los ojos, supo que su mundo acababa de cambiar. Se sintió segura y protegida por primera vez en su vida y se dio cuenta de que no volvería a estar sola.

Aren cerró los ojos un momento y dejó escapar un gemido de placer disfrutando del contacto de su mano, y ella se maravilló porque pudiera hacerle feliz con tan poco. Cuando él volvió a abrir los ojos, su mirada era de nuevo tranquila. Ya no parecía un animal furioso a punto de atacar y sonrió,

—Gracias —su voz seguía siendo ronca, pero volvía a ser la suya.

Ragnar acababa de ver un milagro. Porque lo que acababa de ocurrir delante de sus narices no se podía explicar de otra manera. Hasta ese momento no había creído que su amigo tuviera razón, pero ahora se daba cuenta de que

todo era cierto. Existía una mujer para cada berserker y, por lo que veía, Aren había encontrado la suya, aunque en este caso había un problema. Porque Ölisse estaba casada.

Cuando Aren se sintió de nuevo completamente humano, se acercó a la mesa y se sentó frente a Goi, que lo observaba tranquila, porque no se había dado cuenta de lo que acababa de ocurrir.

—Goi, necesito que me digas una cosa ¿Quieres hablar conmigo? —ella asintió varias veces, sin dejar de sonreír.

—¿Cuándo has salido esta mañana a jugar al bosque, estabas sola en la casa? —de nuevo asintió —pero...¿anoche, Hasse estaba contigo? —volvió a asentir —¿Y no sabes dónde pudo ir? —mientras negaba con la cabecita, rompió a llorar silenciosamente, seguramente recordando que había visto a Hasse muerto en el campo —Goi, preciosa, una última cosa ¿fue a veros alguien anoche a la cabaña? —negó de nuevo con la cabeza y Ölisse no pudo seguir viendo cómo lloraba su hija sin consolarla, y volvió a cogerla en brazos.

Aren se levantó y Ragnar y él se apartaron.

—Ya lo has visto, la niña no sabe nada. Ahora, las llevaré a su cabaña —pero Ragnar no iba a dejar que se marchara tan fácilmente y lo sujetó por el brazo con fuerza.

—¿Cuántas veces te ha pasado esto, Aren? —su amigo se encogió de hombros, como si no tuviera importancia, pero apartó la vista.

—Unas cuantas. Por eso vivo solo, los dos sirvientes que tengo viven en una cabaña bastante alejada, para que no pueda hacerles daño.

—¡Y no pensabas decirme nada! —Aren lo miró por fin y su amigo se dio cuenta de lo que había decidido hacer.

—¡No habrás pensado abandonar! Si me has estado contando lo de las mujeres destinadas a los berserkers, ¿es que tú mismo no crees en lo que me has dicho?

—Sí, lo creo porque lo he visto en Grimur. Pero es posible que sea tarde para mí, el berserker cada vez controla mi mente durante más tiempo.

—Pero ¿no recuerdas lo que acaba de ocurrir? —Aren lo miró extrañado, sin saber qué quería decir.

—Sí, que he tenido un ataque, afortunadamente he podido controlarlo antes de hacer daño a nadie —Ragnar miró a Ölisse que estaba distraída consolando a su hija y Aren siguió su mirada, luego volvió a observar a su amigo —¿qué ocurre?

—Ella es la que te ha calmado. Estabas fuera de control y no le ha costado nada hacerlo. La criatura la obedece, te lo aseguro. Mientras estés junto a ella, no te volverás loco. Ella no dejará que ocurra.

Aren lo miró, incrédulo, y se pasó la mano por el pelo sin saber cómo reaccionar a la posibilidad de que, su andsfrende, ya estuviera emparejada.

En ese instante y sin llamar a la puerta, irrumpió en la habitación uno de los soldados de Ragnar, que se dirigió hacia él, muy nervioso. Aren aprovechó y se acercó a Ölisse y la olisqueó discretamente porque creía haber percibido su olor durante el ataque, y le había resultado tranquilizante. Olía a bosque y a sol. Sintió una mano sobre su hombro, era Ragnar que lo miraba muy preocupado.

—Malas noticias, tengo que ir a la isla. Orvar, uno de los hombres, ha atacado a los otros y hay varios heridos —Aren asintió enseguida.

—Iré contigo —Ragnar se volvió hacia Ölisse.

—Me temo que tengo que pedirte que vengas con nosotros —ella estaba pálida, porque había oído rumores de que los hombres recluidos en la isla estaban medio locos, pero no podía negarse a curar a nadie. Formaba parte de la aceptación de su don.

—Iré.

—Puedes dejar a la niña aquí, me ocuparé de que esté bien cuidada — pero ella lo interrumpió.

—¡No! —se dio cuenta de que había levantado demasiado la voz y sonrió temblorosa, intentando aparentar tranquilidad —no, prefiero llevarla conmigo, no puedo separarme de ella durante tantas horas —los dos hombres la miraron intrigados y Ragnar pareció que quería seguir discutiendo, pero Aren se acercó para susurrar en el oído de su amigo,

—Déjala venir —y después de unos segundos durante los que se sostuvieron la mirada, accedió.

—De acuerdo, voy a preparar nuestra marcha. Necesitaremos un carro para llevar algunas cosas, Ölisse coge lo que creas necesario de nuestro almacén para curar a los heridos. No sé lo que tendrán allí.

—Sí, voy ahora mismo —con la niña de la mano, siguió a Torá a quien Ragnar dio instrucciones de que llevaran al carro todo lo que Ölisse les pidiera. Entonces, habló unos minutos con Stefan, su segundo al mando y, cuando se quedaron solos, Aren aprovechó el momento:

—¿Suele haber asesinatos por aquí?

—Ninguno , exceptuando una muerte en una pelea de dos soldados borrachos y aquello fue un accidente.

— ¡Qué raro!

—Sí —pero Ragnar no podía quitarse algo de la cabeza —ha sido sorprendente ver lo que ha hecho esa muchacha contigo, cómo te ha aplacado ¿de verdad que no lo recuerdas?

Aren no sabía muy bien cómo explicar lo que había sentido.

—Lo último de lo que me acuerdo con claridad es que me estaba volviendo loco, que el berserker estaba tomando el control otra vez y que tenía que luchar con todas mis fuerzas para que no lo consiguiera, sobre todo por ella y por la niña. Antes de hacerles daño me hubiera cortado el cuello.

—Asombroso —musitó Ragnar mirándolo, aún atónito.

Torá y Ölisse volvieron diciendo que el carro ya estaba cargado, y Ragnar preguntó,

—¿Vas a ir en tu caballo?

—No, prefiero ir con ellas en el carro.

Solo quedaban dos horas de sol, y Aren miraba la distancia hasta el mar, algo preocupado.

—¿Seguro que nos dará tiempo de llegar antes de que anochezca? —no quería que Ölisse y Goi estuvieran por la noche al raso, con el frío que hacía.

—Iremos deprisa. Normalmente, esperaría a mañana para hacer el viaje, pero no me atrevo a retrasarlo. Wulf nunca me había mandado ningún aviso para pedir ayuda, a pesar de los problemas que sé que ha tenido. Por eso le he dicho a Ölisse que nos acompañe, hasta ahora, nunca ha ido ninguna mujer a la isla, incluso los soldados que van a acompañarnos volverán a tierra después de dejarnos allí. Por seguridad, prefiero que no haya mucha gente extraña en la isla.

Los dos miraron a Ölisse que había envuelto a su hija en una manta que le había dado Torá y estaba intentando que se durmiera, pero la niña tenía los ojos muy abiertos y miraba a su alrededor con curiosidad. Aren se sentó junto a ellas y cogió las riendas de los dos caballos que tiraban del carro, para seguir a Ragnar y a los seis soldados que los acompañarían todo el camino, hasta que subieran al barco.

Aunque estaba concentrado en el camino para evitar pillar un bache o una piedra, era totalmente consciente de la mujer que estaba sentada a su lado, cuyo muslo se apretaba contra el suyo. De reojo vio que murmuraba algo, no creía que hablara con él, pero tenía curiosidad.

—¿Qué has dicho? — lo miró sorprendida.

—He dicho una oración por el alma de Hasse y luego le he pedido perdón, porque salí corriendo, dejando su cuerpo tirado en medio del campo —apretó los labios en una fina línea —solo podía pensar en poner a salvo a Goi —bajó la vista hacia la niña que dormía, tranquila, entre sus brazos.

—Es normal que pensaras en ella, todos hubiéramos hecho lo mismo.

—Espero que encuentren a quien lo hizo pronto ¿Puedo preguntarte algo?
—Aren sintió curiosidad, porque había esperado a que la niña se durmiera para hablar.

—Sí.

—El lugar a donde vamos...¿es cierto que allí hay más berserkers? —

parecía saber de qué estaba hablando.

—Eso creo, pero ¿no lo sabías al venir? ¿la gente del pueblo tampoco lo sabe? —ella miró la espalda del jarl y de sus soldados que iban varios metros por delante, hablando entre ellos.

—No suelo venir mucho al pueblo, lo justo para comprar alguna cosa o cuando necesitan mis servicios, pero no creo que la mayoría de la gente sepa la verdad. Hay rumores de que allí viven unos amigos de Ragnar, que están un poco locos —Aren no pudo evitar soltar una risita.

—En eso tienen razón —ella sonrió sin ganas y apretó los labios como si no quisiera decir algo, aunque finalmente lo hizo.

—Creo que debo contarte algo —por su mirada, él supo que lo que le iba a contar era importante — he sabido cómo tratarte antes, en casa de Ragnar, porque mi padre era un berserker y recuerdo muy bien cómo le hablaba mi madre cuando él perdía el control.

CINCO

Espolearon a los caballos para conseguir llegar al puerto lo antes posible, por eso pudieron subir al drakkar que utilizaban para llegar a la isla, con el sol todavía luciendo en el cielo. El mar estaba tranquilo por lo que los hombres, incluyendo Ragnar y Aren, tuvieron que remar la distancia metros que los separaba de su destino. Llegaron cuando empezaba a anochecer y Aren sintió que se le erizaba el pelo al pensar en el peligro que podían correr Ölisse y a Goi. La mujer, notando su preocupación, se acercó más a él con la niña en brazos y le puso la mano en el brazo, calmándolo.

—No ocurrirá nada, estoy segura —Aren hizo una mueca al escucharla.

A él también le gustaría creerlo.

—Te protegeré con mi vida. A ti y a Goi.

—Lo sé, Aren —y era cierto, no sabía cómo, pero estaba convencida de ello. Y no sabía cómo interpretarlo porque nadie, excepto sus padres, se había preocupado nunca tanto por ella.

Después de cruzar la playa bajo la luz de la luna y de escalar unas dunas de arena acompañados por el sonido de las olas vieron unas cuantas chozas y detrás de ellas, una casa de piedra.

—La llamamos la casa grande y casi todos los habitantes de la isla viven ahí, excepto los que prefieren estar solos, que lo hacen en una de las chozas. Normalmente suelen salir como locos cuando llega la barca, se nota que ha pasado algo —Ragnar terminó la explicación mascullando algo que no entendieron.

Un hombre enorme, moreno y con aspecto de malas pulgas, salió de la casa y se quedó esperando, con las manos en las caderas a que llegaran. Ragnar se adelantó y lo saludó uniendo sus antebrazos, luego se abrazaron con fuerza y Wulf, pues era él, dijo con voz desesperanzada,

—No creo que Orvar pase de esta noche —Ragnar asintió y se quedó

mirando el suelo mientras se frotaba la nuca, harto de perder amigos. Luego se volvió hacia Aren y Ölisse que esperaban pacientemente.

—Wulf, este es Aren, un buen amigo —se saludaron de la misma manera —y ella es Ölisse, la curandera del pueblo, y su hija —Wulf lo miraba como si estuviera loco.

—¿Cómo se te ocurre traer aquí a una mujer y, además, a una niña? Volveros ahora mismo por donde habéis venido, ¡este no es sitio para mujeres! —por alguna razón desconocida, ese comentario consiguió que Ölisse se enfadara y le hizo un gesto a Aren.

—Coge a la niña, por favor —Aren la miró asombrado, pero lo hizo y la niña se amoldó a sus brazos, aún dormida, como si hubiera seguido en los de su madre. Entonces Ölisse, al ver que su niña seguía tranquila, se encaró a Wulf y le dijo en voz baja:

—Soy curandera y mi don no sirve de nada si no puedo emplearlo con las personas que lo necesitan, además, mi padre era un berserker, así que me siento doblemente obligada a ayudarlos. Ahora, ¿vas a dejar que vea a los heridos y haga lo que pueda por ellos? —Wulf la miró asombrado, y luego Ragnar que la observaba igual de atónito, solo Aren sonreía divertido. Ragnar decidió apoyar a la muchacha,

—No creo que haya ningún problema porque lo vea. Confía en mí, Wulf — el aludido levantó las manos como si pidiera paciencia y contestó,

—Está bien, seguidme —por dentro, la vivienda se bifurcaba en dos pasillos y Wulf los guio a través del de la izquierda, hasta una habitación donde había una cama —la niña puede dormir aquí —Ölisse la acostó y Wulf dejó a un hombre en la puerta, al que les presentó como Jan, con orden de que no dejara pasar a nadie. Aunque les aseguró que no había ningún peligro.

Después, los llevó en sentido contrario, por el pasillo de la derecha hasta llegar a una puerta de hierro que tenía un cerrojo. Wulf la abrió con una llave que llevaba colgada del cuello, y esperó a que pasaran y volvió a cerrarla. Entonces, bajaron unas escaleras de piedra,

—Esta puerta nunca la dejamos abierta cuando hay alguien en las celdas.

Ölisse estaba sorprendida por el extraño silencio que había en la casa, y, de manera inconsciente, se acercó más a Aren, que la cogió de la mano y le

dio un apretón, tranquilizándola con ese simple gesto. Él no solo parecía sentir la necesidad de protegerla, sino que también le había cogido la bolsa de los remedios para que no cargara con ella.

—Es aquí —Wulf se detuvo algo indeciso y Ragnar, que parecía entender lo que le ocurría, se acercó a él y hablaron en voz baja.

Estaban en el sótano de la casa, en una estancia fría y húmeda construida en piedra en la que había varias celdas con barrotes, aunque todavía no podían ver cuántas estaban ocupadas. Después de conferenciar durante unos segundos, Ragnar se acercó a ellos.

—Orvar está muy mal y Wulf teme que intente atacarte, cree que es mejor que entremos él y yo antes, para asegurarnos de que no hay peligro —iba a darse la vuelta cuando ella lo sujetó por el brazo.

—Perdona Ragnar, pero lo que he dicho antes, de que mi padre era un berserker, es cierto —Ragnar miró brevemente a Aren como si le estuviera pidiendo permiso para algo, y, luego, volvió la vista de nuevo hacia ella —por eso sé cómo hay que tratarlos, estando enfermos o en medio de un ataque. Déjame que entre yo.

Aren estalló sin pensarlo:

—¡Lo prohíbo!, ¡no vas a entrar ahí tú sola!, ¿entiendes? —Ragnar sonrió al escucharlo, aunque agachó la cabeza para que su amigo no lo notara, pero Ölisse lo miró incrédula.

—No puedes prohibirme nada, Aren. Estoy muy agradecida por tu ayuda, pero no tienes autoridad sobre mí —él, a pesar de que estaba deseando contradecirla, solo se la quedó mirando con un gesto que parecía indicar que pronto se tragaría sus palabras.

Ragnar carraspeó, antes de decir,

—Por supuesto que no voy a entrar en esta discusión que creo que deberéis mantener más tarde a solas, pero yo tampoco puedo permitir que entres sola. Y yo sí tengo autoridad para tomar esa decisión —y Wulf estuvo de acuerdo.

— Y si él no estuviera aquí, yo tampoco te dejaría —Ölisse observó a Wulf con los ojos entrecerrados, haciéndole frente, aunque parecía un gigante a su lado. Y, a pesar de que no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer,

sabía que lo que aquellos tres hombres de apariencia temible querían, era velar por su seguridad.

—Agradezco vuestra preocupación —murmuró, aunque era mentira, por supuesto —está bien, pues ¿quién me acompaña? —Aren soltó un resoplido furioso porque preguntara tal cosa y los otros dos dieron un paso hacia atrás, reconociendo tácitamente que él tenía derecho sobre los demás a protegerla.

Wulf, a pesar de lo que les había dicho sobre su padre, creyó necesario darle algunas indicaciones,

—Intenta no hacer movimientos bruscos, aunque creo que ahora está tranquilo —ella asintió y se volvió hacia Aren mirándolo fijamente y, por su expresión, él supo que quería pedirle algo,

—Dime qué quieres que haga.

—Por favor, deja que me acerque a él yo sola, quédate un par de pasos detrás; así podrás protegerme si intenta algo y a la vez, podré tranquilizarlo — a pesar de que la idea no le gustaba nada, aceptó para que viera que confiaba en ella.

—De acuerdo, voy detrás de ti.

—Bien.

Wulf se dirigió a la primera celda, en la que había un hombre tumbado sobre un camastro con el vientre cubierto por una tela ensangrentada. Tenía los ojos cerrados, aunque no parecía estar dormido, porque cada poco tiempo se movía inquieto y murmuraba algo entre dientes.

Wulf habló con él antes de abrir la puerta de hierro.

—Orvar, ha venido una sanadora a verte ¿Estás tranquilo, muchacho? Ha venido para intentar curarte ¿de acuerdo? —durante unos instantes pareció que no respondería, pero finalmente susurró un “sí” casi sin fuerzas que hizo que Ölisse mirara rápidamente a Wulf para que la dejara pasar y, solo entonces, el gigante abrió la celda.

Entró seguida por Aren que estaba tenso por si el herido la atacaba y se quedó un par de pasos detrás de ella, intentando no llamar la atención de Orvar.

Ölisse se arrodilló junto al camastro y le pareció que Orvar estaba peor de lo que había imaginado. Su aspecto era bastante malo. Miró el vendaje que le

habían puesto y que le cubría la tripa y parte del pecho, y que había que cambiar porque estaba lleno de sangre seca. Él seguía sin abrir los ojos, entonces, le habló,

—Hola, Orvar, soy Ölisse.

Su suave voz hizo que Aren sintiera celos, pero enseguida se reprochó ese pensamiento, indigno de un buen hombre.

El herido abrió los ojos, que fulguraban feroces como si el espíritu se negara a retirarse y, con dificultad, porque se notaba que tenía fuertes dolores, contestó:

—Sanadora, no te molestes conmigo, no tengo cura. Prefiero que vayas a ver a los gemelos y que les pidas en mi nombre que me perdonen. Por favor, diles que, si hubiera sido yo mismo, nunca les habría hecho daño —la voz de Wulf sonó dentro de la celda, aunque seguía fuera junto a Ragnar.

—Orvar, olvídale, eso ya lo saben. Lo único que queremos todos es que te pongas bien.

Ölisse estaba impaciente por ver la herida, ya que, por la sangre que había en la venda, parecía profunda.

—Orvar, tengo que quitarte la venda, pero intentaré hacerte el menor daño posible —y se levantó para hablar con Aren.

—Necesito que me ayudes a quitarle la venda, si no, no podré curarlo —susurró —está muy débil, fíjate como respira, casi no tiene fuerzas. Creo que el dolor lo está debilitando más que la propia herida —Aren había visto a muchos hombres en la guerra con un aspecto parecido, que habían muerto poco después.

—¿Crees que merece la pena hacerlo sufrir durante sus últimas horas? —ella lo miró con una ceja arqueada.

—Si no creyera que puedo salvarlo, no lo haría sufrir, lo que haría sería darle algo para facilitarle el tránsito a la otra vida —Aren se miró en sus ojos y, entonces, entendió.

—Te ayudaré en lo que necesites.

Ella se acercó a Wulf y le dijo:

—Necesito agua caliente y fría y algún tipo de fuego, porque voy a coser la herida y he de quemar antes mis agujas —afortunadamente las tenía en la

bolsa que llevaba a todas partes.

Wulf y Ragnar se marcharon para traer lo que había encargado y Ölisse volvió a arrodillarse y Aren lo imitó y se inclinó hacia Orvar para hablar con él,

—Amigo. Orvar —al escucharlo, abrió los ojos y lo miró desorientado. Aren lo habló del mismo modo que había hecho Ölisse —tenemos que quitarte la venda, pero creo que lo mejor es que la cortemos, para que no tengas que moverte ¿De acuerdo?

—Claro. Tengo mucha sed —tenía los labios muy resecos, como si hiciera horas que no hubiera bebido.

Sobre un taburete había un vaso junto a una jarra de agua y Aren lo llenó para darle de beber, pero Ölisse le puso la mano en el brazo y negó con la cabeza susurrando junto a su oído,

—Espera —de la bolsa de remedios sacó un frasco de cristal lleno de un polvo pardo, del que cogió un pellizco entre los dedos —acércame el vaso — cuando se lo puso delante, echó el polvo en el agua asegurándose de mover bien la mezcla, y luego le hizo una seña para que se lo diera.

—Orvar, te voy a levantar un poco la cabeza para que puedas beber —el herido aguantó como pudo y, aunque no se quejó, hizo una mueca debido al dolor y bebió, muy despacio, todo el contenido del vaso.

—Sabe amargo —susurró.

Poco después, estaba dormido. Aren, al ver la eficacia de los polvos, afirmó medio en broma:

—A mí no me des eso nunca, al menos sin decírmelo —ella sonrió, aunque estaba distraída porque su mente estaba planeando lo que tenía que hacer para curar a Orvar.

Escucharon bajar por las escaleras a Wulf y a Ragnar que entraron en la celda con dos baldes de agua y una vela encendida tal y como había pedido Ölisse. Mientras, Aren estaba cortando el vendaje de Orvar para separarlo cuidadosamente de la herida. Cuando vieron la cuchillada, Aren estuvo seguro de que no sobreviviría, de hecho, le extrañaba que no hubiera muerto ya. Había visto a hombres recios morir con heridas menos graves que la que él tenía. Por eso le extrañó ver que Ölisse estaba eligiendo una aguja de la

bolsita que llevaba colgada de la cintura, y que la dejaba aparte. Se volvió hacia ella, muy serio, y le dijo

—¿No pensarás coserlo?

—Claro que sí, es su única posibilidad. Se lo vi hacer una vez a mi madre a un hombre que tenía una herida parecida a la suya, le había abierto las tripas un jabalí. Y se salvó, no veo porqué él no puede salvarse también.

Aren miró a Wulf que se encogió de hombros sin saber qué decir, mientras que Ragnar los miraba ceñudo, pensando lo mismo que él. Ella se dio cuenta de su incredulidad y les dijo:

—¿Para qué me habéis traído, si no es para que intente salvarle la vida? —se levantó, acercándose a Ragnar y Wulf y se enfrentó a ellos —no sentirá ningún dolor, por eso lo he dormido, pero debo intentar que viva. No os puedo asegurar que lo hará, pero yo haré todo lo posible para que lo consiga.

Aren la observaba, orgulloso de ella, aunque no fuera su mujer. Aún.

—Creo que tiene razón —Wulf fue el primero en hablar —él querría intentarlo, Orvar es un luchador. Si alguien puede conseguirlo, es él.

—Gracias —de nuevo se volvió hacia Aren —¿puedes sostener la vela para que pueda ver bien la herida?

—Claro.

Despacio y, con la mayor suavidad posible, Ölisse utilizó un líquido oscuro para limpiar la herida lo mejor posible y que no se quedara nada de suciedad dentro, luego, quemó la aguja, la enhebró, y empezó a coser. Aren observó su perfil mientras lo hacía, vio cómo se mordía el labio cuando dudaba y cómo se limpiaba el sudor con la manga de su vestido, para que no cayera sobre Orvar. También se fijó en las ojeras que habían aparecido en su rostro, seguramente debido al cansancio, y le pareció volver a escuchar el sonido de su corazón siguiendo el ritmo del suyo, lento y seguro.

De repente, recordó lo que le había contado Grimur, que había podido hablar con su berserker y le había preguntado qué significaba Astrid para él. Y gracias a su respuesta, Grimur supo que su instinto no se equivocaba. Y ahora era su esposa.

Aren decidió intentarlo porque no tenía nada que perder. No lo haría si ella no estuviera casada, pero ese hecho lo hacía dudar si su instinto no lo

estaría engañando.

Cuando Ölisse se levantó, después de cerrar la herida, se mareó y se agarró a Aren y él dejó la vela y la cogió en brazos a pesar de que ella no quería, porque vio que estaba agotada. Ninguno de los dos se había dado cuenta, pero había estado cosiendo a Orvar durante más de una hora.

Salió de la celda con ella en brazos y Wulf le preguntó:

—¿Tenemos que hacer algo? —ella asintió, muy pálida y tanto Wulf como Ragnar se impresionaron al ver su aspecto, pero intentó tranquilizarlos:

—No os preocupéis, solo estoy cansada. En cuanto descanse, se me pasará. Cuando trato a un paciente que está muy grave, me siento como si me hubiera quedado sin fuerzas —miró hacia la celda —no se despertará hasta mañana, pero me gustaría bajar en un par de horas para ver cómo sigue.

—Yo me quedaré con él, no te preocupes y te avisaré si empeora, pero ¿no deberíamos vendarlo?

—No, prefiero que esta noche la herida esté al aire, le he echado un ungüento para que cicatrice antes. Por la mañana habrá que darle otra vez los polvos contra el dolor y esperemos que no tenga fiebre. Ahora, me gustaría ver a los otros dos heridos.

Wulf los guio hasta una habitación cuya puerta estaba cerrada, pero a través de la que se escuchaban voces. Antes de entrar Wulf, bromeando, llamó a la puerta y gritó:

—Vengo con la sanadora, ¿estáis vestidos? —se escucharon unos síes entre risas y abrió la puerta.

Era una habitación grande, en la que había cuatro camas, dos de ellas, que estaban muy cerca la una de la otra, estaban ocupadas por dos hombres por cuyo parecido se adivinaba claramente que eran hermanos. Ambos eran rubios, con ojos azules muy claros, y los dos los miraban sonrientes, a pesar de tener varias heridas distribuidas por diversas partes del cuerpo.

Otros dos, mucho más serios, incluso siniestros, permanecían de pie mirando a Ölisse como si no hubieran visto nunca a una mujer, lo que hizo que Aren se colocara delante de ella para protegerla de sus miradas. Wulf decidió evitar la pelea y ordenó,

—Estos son Knut y Lars y ya se iban —se dirigió a ellos en un tono que

Aren reconoció. Era el que utilizaba un superior cuando había que obedecer sin preguntar —chicos, esperad en el salón, no molestéis por aquí —los dos salieron de la habitación sin decir ni una palabra, lo que le demostró a Aren que Wulf era un jefe muy respetado.

Ölisse había esperado tranquila protegida por Aren, pero cuando se fueron, se acercó a las camas de los dos heridos. Mientras los revisaba, Aren permaneció de pie a su lado, vigilando por si alguno de los dos le faltaba al respeto, pero, al ver su actitud, no pudo evitar que le cayeran bien. Eran los más jóvenes del grupo y, a pesar de la situación en la que se encontraban todos en la isla, no dejaban de sonreír. Se llamaban Leif y Finn.

Les limpió las heridas y les echó un poco de unguento cicatrizante, pero no eran graves, ni siquiera tuvo que coser a ninguno de los dos. Cuando volvieron junto a Wulf y Ragnar, que habían permanecido en el pasillo hablando en voz baja, Wulf le preguntó:

—¿Y bien?

—Sus heridas son superficiales, se pondrán bien —se volvió al escuchar la carcajada de uno de ellos —son muy alegres.

—Sí, siempre están así. Los llamamos los gemelos —cerró la puerta para dejarlos descansar y se dirigió de nuevo a Ölisse,

—Me imagino que quieres volver junto a tu hija.

—Por supuesto.

Aren la dejó en su habitación, junto a la cama y, al salir, Wulf señaló una puerta que había enfrente.

—Creo que te gustará dormir ahí. Mañana te presentaré a todos y hablaremos largo y tendido, Ragnar me ha dicho que traes buenas noticias, pero, a pesar de que me corroe la curiosidad, esperaré a que descanséis —después, se despidió seguido por Ragnar que había permanecido mudo respetando el espacio de Wulf.

Se tumbó vestido sobre la cama que había en un rincón y, con la daga debajo de la almohada, esperó a que no se escuchara ningún ruido en la casa, cuando todos se hubieran ido a dormir. Entonces, se levantó y recordó lo que Grimur le había explicado que había hecho exactamente. Cerró los ojos e intentó vaciar su mente, respirando varias veces hasta que su único

pensamiento fue sentir cómo el aire entraba y salía de su cuerpo. Cuando, mucho después, se sintió en paz consigo mismo, hizo la pregunta, tal y como le había dicho Grimur, con su mente.

—¿Qué es Ölisse para mí?

Y, entonces, una voz desconocida para él hasta ese momento contestó con un susurro satisfecho:

—Tu andsfrende.

SEIS

Ragnar se negó a acostarse y bajó con Wulf a hacerle compañía mientras vigilaban al herido. Estuvieron sentados en dos taburetes frente a la celda toda la noche, entrando de vez en cuando para asegurarse de que no empeoraba. Habían estado hablando sobre los antiguos compañeros que habían perdido en la guerra y, después de un largo silencio, Ragnar decidió que no quería esperar más.

—¿Estás dormido? —Wulf estaba sentado con la cabeza inclinada sobre el pecho, pero abrió un ojo y lo miró haciendo una mueca.

—Ya no.

—Me gustaría que me contaras, ahora que estamos solos, lo que pasó con Orvar —Wulf asintió y Ragnar vio pasar un ramalazo de tristeza por sus ojos, a pesar de que era uno de los hombres más duros que había conocido.

—Se volvió completamente loco, ya sabes cómo te sientes cuando ocurre, Ragnar —inclinó la cabeza mirando al suelo y su amigo no contestó porque, por desgracia, lo sabía —y lo que pasa cuando nos ponemos así. Que dejemos de ser hombres para transformarnos en bestias, sin que nadie pueda remediarlo —miró a su alrededor —afortunadamente, construimos estas celdas. Aquí metemos a los que tienen uno de esos ataques hasta que se les pasa, desgraciadamente, Orvar tenía una daga en la mano en ese momento y cuando los gemelos forcejearon con él para quitársela, por accidente, se le clavó en las tripas. Estaban horrorizados porque son muy amigos, pero fue un accidente, incluso Orvar lo reconoció.

—Lo sé.

—Hasta con el puñal clavado, siguió peleando con tal agresividad que pensé que tendríamos que matarlo para que no hiriera a nadie. En medio del ataque, él mismo tuvo algún instante de lucidez y me pidió que lo hiciera. Al final, entre cuatro, pudimos llevarlo a la celda. Poco después se desmayó y de esa manera pudimos tumbarlo en el camastro y vendarle la herida —movió la

cabeza, pesaroso, y Ragnar que, no le había visto nunca así, decidió contarle todo.

—Iba a esperar a que él mismo te lo dijera mañana, pero no puedo quedarme callado sin decirte algo —Wulf lo miró sorprendido al ver la esperanza que llenaba los ojos de Ragnar.

—¿De qué hablas? —los dos se interrumpieron al escuchar un murmullo de Orvar que pedía agua. Wulf entró en la celda y se acercó a dársela y Ragnar se quedó detrás de él por si necesitaba su ayuda, pero no fue así. Estaba tranquilo y, después de darles las gracias, se durmió. Volvieron a sus asientos y Ragnar comenzó a hablar,

—Esta mañana he sido testigo del más increíble de los sucesos —se inclinó, acodándose sobre las rodillas —en una habitación de mi casa, estábamos hablando Aren, Ölisse, su hija y yo, cuando él fue atacado por su espíritu, poco antes había aparecido brevemente, pero Aren había conseguido controlarlo —Wulf lo observaba fijamente —esta ocasión fue diferente, quería pelear conmigo y la única que consiguió que volviera en sí, fue Ölisse. Se levantó y fue hacia él tranquilamente y le tocó la cara de una manera... no sé cómo explicártelo, pero, en ese momento, yo sentí envidia de él, porque supe que él había encontrado algo que yo no tendría nunca —Wulf frunció el ceño, pensativo.

—Es extraño... no están emparejados, ¿no? Creía que ella estaba casada...

—Lo está, con un soldado. Y escucha Wulf, la posesión de Aren estuvo provocada porque pensó que yo iba a hacer daño a la niña. Es muy protector con las dos.

—Sí, ya me he dado cuenta, por eso te he preguntado si no estaban emparejados.

—Todavía no. Pero déjame que te cuente lo más importante, Aren no ha venido de visita, si no a comunicarnos que otro compañero nuestro, Grimur, se ha casado.

—Me alegro por él, pero no es algo extraordinario —hizo una mueca, rectificando enseñada con una broma —bueno, quizás sí, teniendo en cuenta lo que supone encadenarse a una mujer por voluntad propia ¿Qué hombre haría

algo semejante?

—Cállate —rio a su pesar, ante el sarcasmo de su amigo —y escucha bien, porque Grimur no era más partidario que tú del matrimonio, pero después de capturar a una esclava, hace unas semanas, cambió —el otro lo miró a punto de hacer otra gracia —lo digo en serio, déjame terminar. Aren me contó que, cuando Grimur la conoció, se sintió llevado por una fuerte emoción, hasta el punto de que no podría soportar que nada malo le ocurriera. Pero no entendía lo que le ocurría y estaba tan desesperado que una noche, intentó hacer algo sorprendente: hablar con su espíritu. Y lo consiguió.

Wulf se lo quedó mirando como si esperara que Ragnar terminara el cuento diciendo que todo era una broma. Pero, al ver que pasaban los minutos y su amigo no abría la boca, el gesto de Wulf se fue haciendo más serio y miró hacia la celda, pero Orvar seguía tranquilo.

—No puedo creerte Ragnar, ojalá pudiera. Ojalá hubiera esperanza para todos nosotros, porque no hemos hecho nada para merecer una muerte como la que vamos a tener —miró de nuevo a su amigo, pero, esta vez, enfadado.

—Yo pensé lo mismo que tú cuando me lo contó Aren, pero hay algo más que aún no sabes. Existe una antigua profecía que explica que para todos los que estamos condenados por esta maldición, hay una posibilidad de vivir como hombres normales. Según esas líneas, que yo he podido ver, nuestra única esperanza se encuentra en una mujer que está destinada a cada uno de nosotros, a la que llaman andsfrende —cuando dijo la última palabra Wulf palideció y lo miró boquiabierto por un momento, aunque, enseguida, apartó la mirada y se levantó yendo al final de la habitación para quedarse mirando la pared. Como si quisiera estar a solas.

Ragnar se levantó, porque era la primera vez que veía a Wulf, el hombre más fuerte que conocía, reaccionar de esa manera. Su amigo se apoyó con una mano en la pared de piedra y agachó la cabeza como si estuviera rezando, pasados unos segundos se irguió y lo miró. Su expresión era de sorpresa y de incredulidad,

—Mi padre era un extranjero que nunca llegó a aprender bien nuestra lengua, procedía del norte, de un lugar llamado Vinland. Utilizaba palabras extrañas para muchas cosas, a mi solía llamarme *kleiner mann*, su hombrecito.

Murió cuando yo tenía doce años a causa de unas fiebres —su mirada se entornó, recordando la dureza de aquellos años cuando desapareció de su vida la fuerte figura de su padre, que lo había sido todo para él —y a mi madre, siempre, la llamaba su andsfrende.

Los dos se quedaron mirándose atónitos, y segundos después, Wulf preguntó:

—¿Tú has sentido algo parecido con Gerda? —pero lo negó con la cabeza, incapaz de hablar.

Ragnar sentía, desde hacía mucho tiempo, un gran vacío que pensaba que se llenaría si se emparejaba y formaba una familia y, cuando Gerda se quedó embarazada, estuvo seguro de que eso cambiaría, pero no fue así. Aunque la llegada de su hijo le había hecho muy feliz. De repente recordó algo de lo que quería hablar con Wulf a solas:

—Hay otra cosa importante que tengo que preguntarte. Han asesinado a un hombre cerca del pueblo, detrás de los campos de cultivo ¿Recuerdas a un anciano llamado Hasse?

—Sí, además, me lo encontré la última vez que estuve por allí.

—¿Y se te ocurre por qué alguien lo asesinaría?

Wulf se lo pensó, antes de contestar,

—Quién, exactamente, no, pero me dijo algo extraño cuando lo vi — entonces pasó a relatarle las palabras exactas que Hasse había utilizado.

A pesar de haber dormido solo dos horas, Aren se levantó con más fuerzas que nunca, porque ahora sabía que lo que intuía desde que la había conocido, era cierto. Como anunciaba la profecía, había una mujer destinada para él y la había encontrado. Según su forma de pensar, y sabía que no se equivocaba, era imposible que esa mujer, su andsfrende, estuviera emparejada a otro y, más aún, teniendo en cuenta los sentimientos que notaba en ella cuando estaban juntos. Y eso era algo que había decidido aclarar esa misma mañana, en cuanto estuvieran a solas.

Poco después llamaba a la puerta de Ölisse y ella abría, ya vestida; la niña también estaba despierta y lo saludó con la mano mientras se ponía sus botas.

—Buenos días a las dos —su mirada hizo que ella se ruborizara y que lo sonriera con timidez.

—Buenos días ¿Sabes cómo está Orvar? Me siento fatal, pero me he dormido y no he bajado a verlo, debía de estar muy cansada anoche.

—No te preocupes, si no han venido a buscarte, seguro que es porque no ha empeorado. De todas maneras, vamos al salón, allí seguramente nos dirán cómo sigue y podremos desayunar —Goi se tiró corriendo sobre él, abrazándose a sus piernas y Ölisse la regañó, aunque a la vez sonreía al ver la alegría de su hija.

—¡Goi! —la niña no le hizo ningún caso y se carcajeó divertida y Aren la cogió en brazos, entonces la niña lo abrazó por el cuello dándole un beso en la mejilla. Ölisse no dejaba de sorprenderse con la relación de los dos porque nunca había visto a su hija reaccionar así con nadie, excepto con ella. Aren echó a andar mientras hablaba con Goi.

—Primero, vamos a desayunar. Luego, si quieres, podemos dar un paseo por la playa.

En el salón esperaba Ragnar acompañado de algunos de los habitantes de la isla y todos se levantaron al verlos entrar, asombrados. Aren y Ölisse no se daban cuenta de que parecían una familia, él con la niña en brazos y a su lado Ölisse, que parecía algo avergonzada al ver cómo todos aquellos hombres rudos la miraban fijamente.

Ragnar se acercó a ellos haciendo que sus hombres se sentaran, intentando que Ölisse y su hija no se asustaran.

—Venid, sentaros a mi lado. Ahora os presentaré —fue señalando a cada uno de ellos —a Wulf ya lo conocéis, el que está a su lado es Jan, aunque ya lo visteis ayer. Es el cocinero, afortunadamente, o todos se hubieran muerto de hambre —Jan era un pelirrojo que sonrió e inclinó la cabeza a modo de saludo —Knut —era un moreno al que pillaron masticando y que agitó una mano cuando Ragnar lo nombró —y Lars —parecía estar enfadado, aunque puede que su actitud tuviera que ver con que la mitad de su cara estaba quemada —faltan Leif y Finn, los gemelos a los que ya conocéis... —se interrumpió a tiempo, pero Ölisse vio las miradas que se cruzaron los hombres y el carraspeo generalizado, como si no quisieran que hablara sobre sus heridas. Después de las presentaciones, Ragnar se dirigió exclusivamente a Aren,

—Les he contado lo de la profecía y quieren ver la piel que te dio tu padre

—Aren se levantó y fue hacia su habitación a buscarla y, cuando lo hizo, a pesar de que nadie le dijo nada, Ölisse se sintió extrañamente desprotegida. Era raro que tuviera ese sentimiento hacia él conociéndose desde hacía tan poco tiempo. Miró a Goi, pero ella no parecía asustada, al contrario, sonreía mirando a todos mientras comía gachas de un tazón que Jan le había servido.

Cuando llegó Aren, minutos después, se acercó a una esquina de la enorme mesa que estaba libre para extenderla y explicarles lo que ponía, algunos sabían leer y otros no, pero todos se levantaron y lo rodearon.

Ölisse escuchó la voz grave de Aren leyendo la profecía mientras tomaba su desayuno y, cuando terminó, sintió un escalofrío y buscó su mirada. Él vocalizó algo en silencio: “más tarde” y ella agachó la mirada hacia sus gachas con las mejillas ruborizadas, mientras él respondía las preguntas de los hombres con una sonrisa.

Cuando Goi y Ölisse terminaron, los hombres seguían de pie hablando y haciendo todo tipo de suposiciones sobre la procedencia de la profecía, por eso, ella se acercó a Ragnar que los observaba cruzado de brazos, con una sonrisa al verlos tan animados,

—Ragnar —se acercó a ella al ver que quería decirle algo.

—¿Sí?

—Me gustaría bajar a ver a Orvar, pero necesito que me abran la puerta y dejar a mi hija con alguien —antes de que se diera cuenta, Aren estaba junto a ellos y los hombres se quedaron en silencio, contrariados, pero se volvió hacia ellos y les dijo,

—Terminad de desayunar y luego terminaré de responder a vuestras preguntas, pero no creáis que sé mucho más —entre gruñidos y suspiros se volvieron a sentar para seguir con su desayuno y Aren se inclinó sobre Goi — ¿quieres que vayamos a dar un paseo? —la niña, que se había dado cuenta de que Aren era otro adulto al que podía manejar, levantó los bracitos con todo el descaro del mundo, provocando las risas de todos, excepto de su madre

—¡Goi!, ya eres mayor, ¡no puedes ir siempre en brazos! —pero la niña apoyó la cabeza sobre el hombro de Aren y la miró con una sonrisa. Aren le quitó importancia

—Déjala, no me molesta. Únete a nosotros cuando subas, estaremos en la

playa.

Ella aceptó y siguió a Ragnar y Wulf hacia el sótano.

Orvar tenía bastante fiebre, lo que era normal, le limpió la herida y, después, le puso de nuevo el ungüento. A continuación, le dio una infusión para el dolor y la fiebre, pero estaba bastante mejor que el día anterior.

—Gracias curandera, estaba seguro de que moriría esta noche, además, no sé lo que me echaste en el agua, pero la herida me dejó de doler.

—Es mi trabajo. Me alegro de que estés mejor, si todo sigue así, en pocos días podrás levantarte y dar unos pasos, pero poco a poco.

—Estupendo —a pesar de su contestación, no parecía pensar tal cosa — ese ungüento escuece como el demonio —ella rio suavemente por su queja y con una palmada a su cabeza, como si fuera un niño que estuviera enfermo, se levantó y salió de la celda. Ragnar y Wulf esperaban sus palabras, ambos impacientes y se apartaron un poco para poder hablar sin que Orvar los escuchara.

—Está mejor, aunque tiene mucha fiebre. Creo... —dudó un momento, pero decidió decir lo que pensaba —creo que vivirá si se cuida lo suficiente, aunque todavía está muy mal.

—Increíble —Wulf estaba impresionado —tienes un don, curandera.

Ella sonrió ligeramente antes de agradecersele y de decirle que se iba a buscar a su hija.

Aren no respiró tranquilo hasta que ella no apareció por la playa. Aunque estaba seguro de que, tanto Ragnar como Wulf, no permitirían que le pasara nada, no era lo mismo que estar él allí para protegerla. Pero alguien tenía que quedarse con la niña, que, por cierto, acababa de ver a su madre y corría hacia ella, riendo a carcajadas.

Nunca había conocido a ningún niño tan feliz y cariñoso como Goi. A pesar de no poder hablar, sabía hacerse entender y estaba muy bien educada, lo que sin duda era gracias a Ölisse, y siempre sonreía. Y así se había ganado su corazón.

Ahora, Ölisse estaba diciéndole que no podía meterse en el agua y Goi, después de asentir varias veces, se fue a correr detrás de una gaviota que se había quedado mirándolas, absorta. Entonces, ella se acercó a Aren sin perder

de vista a la niña.

—Hola —parecía cansada y tensa, aunque se habían levantado hacía poco rato.

—Gracias por cuidar de Goi. Está como loca, nunca había visto el mar.

—No tiene importancia. Me gusta mucho estar con ella. Sentémonos un momento en la arena —ella aceptó sin decir nada, pero le echó una mirada asustada —¿cómo está Orvar?

Se encogió de hombros sin dejar de observar a su hija, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Todavía está muy grave, pero con los cuidados necesarios, vivirá —Aren decidió no esperar más

—Creo que sabes lo que estoy a punto de preguntarte —ella lo miró durante un instante y enseguida apartó la mirada, volviendo la vista hacia su hija que estaba de pie frente al mar meciéndose, como si el sonido de las olas fuera algún tipo de música para ella.

—Te equivocas, no lo sé —los dos sabían que mentía, pero él no quería discutir, solo necesitaba la verdad.

—¿Por qué insistes en que estás casada?

Se quedó boquiabierta, pero en esta ocasión no apartó la mirada y él tampoco, y, por eso, vio que estaba en lo cierto.

La miró feliz, sabiendo que no se había equivocado y que existía un futuro para ellos, aunque todavía había muchas preguntas que tendría que responder, porque si no tenía pareja... ¿quién era el padre de Goi?

SIETE

Por la expresión de Aren supo que ya no podía seguir mintiendo.

—Tenía miedo de que me quitaran a Goi —miró a la niña con un gesto que traslucía el inmenso amor que sentía por ella y se mordió el labio pensando rápidamente —cuando me quedé embarazada, el hombre con el que vivía no quiso saber nada del bebé y decidí marcharme de allí para empezar una nueva vida —Aren frunció el ceño escuchándola, sabiendo que le mentía.

Él sabía que Ölisse haría lo que fuera por conservar a Goi, y él, de momento, aparentaría que se creía lo que acababa de decir.

—Entonces, supongo que ahora no estás emparejada, ¿no?

—No —susurró.

— Y ¿es posible que el padre de Goi aparezca para reclamarla? —ella se enfadó.

—¡No! ¡Goi es mía, de nadie más! —intentó calmarse, porque no quería que Goi se asustara —es imposible que su padre venga a por ella, ya te he dicho que me fui al comienzo de mi embarazo. Nadie sabe que existe.

Aren conocía algunos casos de hombres que abandonaban a sus mujeres cuando se quedaban embarazadas. Él nunca había podido entenderlo, pero ocurría.

—Escucha, Ölisse —cogió su mano, observándola —tengo que volver pronto a mi granja —sonrió y ella pudo ver las arruguitas que se le formaban alrededor de los ojos al hacerlo. En ese momento, pensó que era el hombre más atractivo que había visto en su vida —no te he hablado de ella, ¿verdad?

—No.

—Bueno, ya te he dicho que es una granja. Cuando Grimur, un amigo, y yo volvimos del ejército, decidimos comprar dos terrenos que estuvieran juntos. Queríamos ser vecinos para poder vernos a menudo. Hemos tenido que trabajar mucho, pero ahora las cosas nos van bien, a él mejor que a mí porque sale a menudo al mar a saquear algún que otro monasterio cristiano, y yo

prefiero quedarme en tierra firme —rio al recordar el cambio en la vida de Grimur —aunque creo que sus salidas se han terminado, porque se ha casado recientemente. Ha encontrado su andsfrende.

—Parece que tu amigo ha tenido suerte —Aren se inclinó y susurró.

— Y yo —siguió acercando su cara a la suya hasta que estuvo segura de que la besaría, pero se separaron bruscamente al escuchar un grito de Goi, que seguía jugando —¿sabes cuánto tiempo tardará Orvar en recuperarse?

—No, pero debo quedarme, al menos, hasta que empiece a levantarse. Aunque, después de eso, aún tardará semanas en estar bien.

—Hay algo que quiero contarte, cuando volví de la guerra, hace años, decidí vivir solo y no emparejarme jamás. He estado con muchas mujeres, pero, por el berserker, nunca he tenido una relación seria con ninguna —ella estaba muy sorprendida.

—¿Por qué creíste eso? Mi padre era un hombre normal, solamente lo vi dominado por el berserker una vez, cuando yo era pequeña —todavía se estremecía al recordar aquel día.

—¿Y qué le ocurrió después?

—Nada, porque mi madre lo tranquilizó, como yo hice ayer contigo.

—No creo que sepas lo raro que es lo que me estás contando. Ninguno de los berserker que estamos aquí sabíamos, hasta que te conocimos, que el espíritu podía ser apaciguado por nadie.

—Nunca había pensado que sabía algo que los demás desconocían, hasta ahora no había tenido demasiada relación con la gente del pueblo, ni siquiera con Ragnar. Solo los veo cuando me llaman por mi trabajo o cuando voy a comprar alguna cosa que nos hace falta.

—Entonces, ¿no te diste cuenta de que Gerda era su andsfrende? —Aren quería saber si era sincera con él, pero la pregunta hizo que Ölissee se pusiera nerviosa y volvió a mirar a su hija que seguía jugando, tranquila, en la arena.

—Deberíamos volver ya, seguro que Goi se ha comido ya la mitad de la arena de la playa.

—No siempre vas a poder utilizar a tu hija para escapar.

—Está bien —claudicó —cuando él y Gerda se unieron, me sorprendí, porque ella no me parecía su andsfrende.

—¿Por qué? —Ölisse se encogió de hombros disimulando, porque a pesar de que algo le decía que le contara la verdad, no podía hacerlo.

—Tú lo has dicho antes. Yo lo he vivido en mi casa. La relación que tenían mis padres no es como la de ellos, es más como... —se lo quedó mirando, dándose cuenta de lo que había estado a punto de decir y él sonrió como si le hubiera leído la mente.

—¿Cómo la nuestra?

Unos latidos después, ella susurró:

—Sí.

—Entonces sabes lo que te voy a decir —ella volvió a encogerse de hombros y miró a su hija, que se lo estaba pasando en grande.

Aren decidió preguntarle algo que, desde el principio, le había llamado la atención.

—Es curioso que pueda gritar, y que, sin embargo, no pueda hablar.

—¡No es tonta! —la miró sorprendido porque jamás había pensado algo parecido.

—No creo que lo sea, ¿por qué dices eso?

—En el pueblo la llaman así, la tonta, aunque no lo hacen delante de mí. Creen que es tonta porque no puede hablar, pero ella lo entiende todo, siempre consigue hacerme saber lo que quiere. Yo... siempre he creído que, cuando esté preparada, hablará —él sintió su dolor y volvió a coger su mano llevándosela al pecho.

—Ojalá tengas razón, pero, sea como sea, te prometo que nunca más estarás sola. Esperaré el tiempo que necesites hasta que estés preparada, pero quiero que vengáis conmigo a mis tierras. Seremos una familia y Goi será la primera de nuestros hijos.

—Pero... —lo miró abochornada porque no había esperado su promesa y la emocionó, pero tenía que pensar en su hija —aquí está nuestra casa —recuperó su mano tirando con suavidad de ella —y tú y yo nos conocemos desde hace solo dos días. Tus palabras parecen las de un loco.

—No eres sincera, he sentido cómo tu corazón respondía al mío. Eres mi andsfrende —ella soltó un gemido de miedo e intentó levantarse, pero la sujetó con mano firme, aunque, asegurándose de no que no le hacía daño —

has visto lo que le ha ocurrido a Orvar y así vamos a terminar todos, atacando igualmente a amigos y a enemigos. A menos que hagamos caso de la profecía —Ölisse abrió la boca para defenderse, pero los interrumpió Goi que vino corriendo y se dejó caer de rodillas a su lado, agotada, momento que aprovechó para marcharse con la niña andando deprisa hacia la casa.

Aren dejó que se fueran, pero no permitiría que ella siguiera huyendo de su destino.

No hablaron durante el resto del día y Ölisse casi no pudo probar bocado durante la cena, porque él no dejaba de mirarla. Knut y Lars habían salido a pescar con la barca y Jan había hecho un guiso con pescado, patatas y verduras, por el que todos le habían felicitado.

Cuando terminaron de comer se despidió de todos y la niña y ella se fueron a acostar. Antes de la cena ya había ido a ver a los tres heridos y todos estaban mejor.

Se acostó, pero no pudo conciliar el sueño porque no dejaba de repetirse: cobarde, cobarde, cobarde...

Era de madrugada, pero Aren seguía sin dormirse. Estaba sentado sobre la cama con la espalda apoyada en la pared, mirando hacia la puerta, esperando. Ahora que había expuesto lo que quería y que ella se había negado, se sentía como un cazador detrás de su presa.

Se frotó los ojos con los dedos porque le habían estado escociendo durante todo el día, incluso, Ragnar, antes de la cena, se había acercado preocupado para hablar con él:

—¿Te encuentras bien? —le había respondido enseguida, aunque sorprendido.

—Sí ¿Por qué?

—Tienes los ojos del color que se nos pone cuando el espíritu nos controla, pero hace más de una hora que me he dado cuenta de que están así y no ocurre nada ¿Cómo te sientes?

Era algo extraño porque se encontraba nervioso porque todavía no se había resuelto su situación con Ölisse, pero a la vez se sentía en paz por dentro y esto último estaba motivado por su cercanía, y así se lo dijo a Ragnar, que había vuelto a su sitio, incrédulo.

Cuando Ölisse se había marchado después de cenar, había resistido la tentación de seguirla y había esperado a que todos se fueran a dormir, entonces, Aren había ido a su dormitorio y se había sentado en su cama a esperarla, porque sabía que ella aparecería.

Un rato después, ella salía de su dormitorio y entraba en el de él. Aren se había levantado en cuanto había escuchado sus pasos, y pudo ver que estaba asustada. Tuvo que resistir la tentación de consolarla, porque necesitaba saber qué quería.

—Aren, yo... necesito pedirte perdón porque te he mentado; sí que conocía las consecuencias de lo que les ocurre a los berserkers si no encuentran a la pareja que les está destinada —respiró hondo —y... es cierto que yo también siento lo mismo que tú.

Aren esperó, aunque los dedos le hormigueaban por las ganas que tenía de tocarla:

—Pero me gustaría que nos conociéramos un poco antes de decidir nada, yo... verás... es que casi no tengo experiencia con los hombres —extrañado, inclinó la cabeza intentando ver su cara, aunque su voz le decía que era sincera —solo te pido que tengas un poco de paciencia conmigo.

—¿Cómo es posible? ¿Y Goi? —por su gesto de tozudez pareció que no iba a contestar, pero, finalmente, lo hizo.

—Cuando era muy joven, casi una niña, dos hombres me secuestraron. Mi madre me mandó a por pan a la casa del viejo Hugh, el panadero, que estaba muy cerca. Yo estaba muy contenta porque me dejaban ir sola desde hacía pocos días —Aren hizo que se sentara en la cama y él lo hizo junto a ella, intentando que estuviera cómoda.

—No recuerdo gran cosa, solo que me amordazaron para que no gritara y que uno de ellos me llevó en su caballo, sacándome del pueblo. Yo no dejaba de llorar pensando en mi padre, solo era capaz de pensar que ojalá viniera a por mí, aunque sabía que era imposible, porque nadie me había oído gritar. Después de estar bastante rato cabalgando, nos internamos en un bosque, y aunque no puedo explicarme por qué, yo miraba continuamente a mi alrededor esperando ver aparecer a mi padre. Nos detuvimos por fin y, después de bajarme a tirones del caballo, me metieron en una cabaña que parecía estar

abandonada.

Aren la miró impotente, sentía no poder evitar el dolor que hacía que las lágrimas cayeran por sus mejillas, pero, le rogó que continuara:

—Sigue —ella tragó el nudo que sentía en la garganta y lo hizo.

—Ya me habían desnudado y tenía a uno de ellos encima de mí, cuando mi padre entró como un loco en aquel sitio —en ese momento, miró a Aren —esa fue la única vez que lo vi poseído por el berserker, y lo hizo a propósito. Con el tiempo me explicó que había dejado el control de su cuerpo al espíritu para poder encontrarme, sabía que era la única manera en la que podría salvarme. Mi padre me quería mucho —sonrió recordándolo.

—Nunca había oído nada parecido —susurró Aren, pero le tranquilizaba saber que tal cosa era posible —entonces, ¿te localizó gracias al berserker?

—Sí, escuchó en su mente cómo le pedía ayuda y, cuando entró en la cabaña, me ordenó que cerrara los ojos para que no viera lo que hacía con los hombres, y lo hice —Aren se imaginaba lo que su padre había hecho con ellos, lo mismo que hubiera hecho él, en su situación.

—Entonces, ¿quién es el padre de Goi?

Ölisse volvió a apartar la mirada, avergonzada por tener que mentirle otra vez. Pero no podía poner en peligro a Goi, ni siquiera por él.

—Cuando concebí a mi hija, fue la única vez que compartí el lecho con un hombre, pero no fue demasiado bien —Aren se puso rígido porque olió, literalmente, su mentira, pero se distrajo con la siguiente frase de Ölisse — ¿Puedo besarte, Aren? ¡Deseo tanto hacerlo y estoy cansada de tener miedo!

—Puedes hacer lo que quieras conmigo. Quiero que sepas que, antes de hacerte daño, me cortaría el cuello.

Ella lo besó suavemente, pero temblaba.

—Tranquila, ven —tiró de ella para que se sentara sobre su regazo — quiero que te acostumbres a mí —ella asintió y, aunque seguía nerviosa, dejó de tiritar al ver que permanecía quieto y, aparentemente, dócil —¿quieres que lo intentemos otra vez?

—Sí —él abrazó su cabeza con las manos, amoldando su boca a la de ella.

Empezó a besarla suavemente, despacio, dándole tiempo a familiarizarse con él y Ölisse, poco a poco, aprendió a besar y comenzó a acariciarlo con la

misma pasión que él a ella.

Cuando sus labios se separaron, ella estaba abrazada a su nuca, casi tumbada sobre él y sorprendida porque no quería estar en ningún otro sitio. Aren le dio un último beso apasionado, antes de decir, lleno de pesar:

—Si sigo besándote no podré controlarme y serás totalmente mía, pero prefiero esperar hasta que estés segura. Porque cuando ocurra, no habrá marcha atrás.

Ölisse sintió deseos de quedarse, pero, repentinamente, se levantó de su regazo y después de lanzarle un último vistazo angustiado, corrió hacia su habitación.

Y Aren, maldiciendo, se acostó, seguro de que no pegaría ojo en toda la noche.

OCHO

Los siguientes días sirvieron para que los tres invitados se amoldaran a la rutina de los habitantes de la isla. Todas las mañanas, desayunaban y después, Aren y Goi se iban a la playa mientras Ölisse visitaba a Orvar, que recuperaba las fuerzas día a día y que ya estaba en su antigua habitación. Ragnar, incapaz de estar quieto, se había incorporado a las rutinas de trabajo que realizaban los hombres diariamente. Dos de ellos se iban a pescar, otros dos seguían construyendo cabañas, y otros iban al bosque que había detrás de la casa grande a por madera o a cazar.

Una noche, durante la cena, Aren estaba sentado junto a Ragnar y Wulf escuchándolos, aparentemente, hablar sobre qué madera era la mejor para construir una cabaña, pero, en realidad, estaba distraído pensando en lo poco que había avanzado en sus intenciones de llevar a Ölisse a su cama. La noche anterior ella había vuelto a aparecer en su habitación, se habían besado y acariciado sin poder despegarse uno del otro y, cuando ella sintió que estaban a punto de superar la última barrera, se había marchado asustada a su habitación, dejándolo excitado e insatisfecho.

Ella, ahora, estaba sentada a su izquierda hablando con Jan, el cocinero, y él aprovechó para llenarle la copa,

—Ölisse, te he servido hidromiel —ella frunció el ceño mirando la bebida.

—No lo he probado nunca, no me gusta beber.

—Si no lo has probado, no puedes saberlo —la sonrisa inocente de él le dio mala espina, pero lo probó y le gustó. Siempre se había imaginado que esa bebida debía de tener un sabor muy fuerte, pero no era así.

Aren se ocupó de rellenar su copa durante la cena sin que ella lo viera. Algunos soldados antes de ir a la batalla bebían uno o dos vasos de hidromiel para darse fuerzas, y esperaba que es esta ocasión consiguiera que ella perdiera el miedo.

Cuando se levantó para irse a dormir con Goi, Ölisse se mareó, afortunadamente, Aren estaba a su lado y la estabilizó cogiéndola del brazo para acompañarla al dormitorio. Al llegar, ella soltó una risita nerviosa y su hija, a la que llevaba cogida de la mano, rio sorprendida por la actitud de su madre. Aren, con una sonrisa pícaro, la ayudó a acostar a la niña mientras ella se excusaba, algo atolondrada,

—No sé qué me pasa, puede que la cena me haya sentado mal.

—No te preocupes, te ayudaré a ponerte cómoda —ella dejó que le desatara los lazos del sencillo vestido que llevaba y que luego se lo sacara por la cabeza. Luego, le puso el camisón que había sobre la cama, como si fuera una niña y la acostó junto a su hija. Después de arroparla, le dio un beso en los labios, y susurró junto a su oído:

—Te espero luego, en mi habitación —y ella asintió con una sonrisa feliz.

Después de que todos se acostaran, estuvo esperando a que ella acudiera a la cita, pero pasaba el tiempo y no lo hacía. Impaciente, se levantó de la cama y fue a su habitación a buscarla. Entró sin hacer ruido para no asustar a la niña y miró la estampa, desde la puerta, de las dos dormidas en la cama. Desilusionado, estuvo a punto de volverse a su habitación, pero se acercó a robarle un beso intentando no despertarla, pero ella le respondió apasionadamente, demostrando que estaba despierta.

Aren levantó la cabeza para ver su expresión y ella le devolvió una sonrisa placentera. Eso lo decidió y la destapó despacio para no molestar a Goi, cogiéndola en brazos para llevarla a su dormitorio.

Cuando la depositó sobre su cama, se tumbó junto a ella y asaltó su boca, sediento de ella. Ölisse lo acariciaba tímidamente, pero sin ningún miedo, al contrario que el día anterior.

—Aren, deseo ser tuya —él levantó la cabeza y la miró, incrédulo, y se contuvo para no lanzar un rugido de alegría —tenías razón, yo también he sentido lo que dijiste desde el principio.

Volvió a besarla y Ölisse mantuvo sus labios apretados un instante, pero él insistió hasta que los abrió y su lengua penetró profundamente en la boca de ella. Luego rio por lo bajo al escuchar su queja,

—No puedo respirar.

—No hace falta que respires —contestó vehementemente.

El siguiente asalto a su boca fue brutal, ansioso y lleno de deseo y ella aumentó sus caricias, atenta a los gruñidos de placer de él.

Poco después se separaban, respirando agitadamente,

—Te deseo más de lo que jamás he deseado a ninguna mujer —su voz volvía a ser más grave de lo habitual. Ella sabía que, cuando eso ocurría, hablaba desde lo más hondo de su ser, donde habitaba el berserker. Y, cuando escuchó esas palabras, se sintió extrañamente complacida.

Aren acarició suavemente uno de sus pechos, pasando el pulgar sobre el pezón y ella contuvo la respiración y se quedó inmóvil, tragando saliva y deseando y temiendo a la vez, lo que vendría a continuación. Entonces, él tomó el pezón con su boca y jugueteó con él con la punta de la lengua, rodeándolo y chupándolo hasta que lo sintió endurecerse como una piedra entre sus labios húmedos.

Ella suspiró profundamente y cerró los ojos, sintiéndose cada vez más excitada. Aren cambió al otro pecho y jugueteó largamente con él al tiempo que deslizaba las manos por el cuerpo de su compañera. Bajó suavemente por la cintura y el vientre hasta llegar al triángulo dulce y tentador que tocó, al principio, solo con la punta de los dedos, para luego ahuecar la palma de la mano sobre él.

Después de asegurarse de que estaba tranquila y que aceptaba lo que ocurría, introdujo uno de sus dedos despacio en su sexo y ella jadeó por la sorpresa, y sujetó su brazo, asustada.

—Tranquila, Ölisse, no te haré daño —Aren se tensó al pensar que, seguramente, cuando tuvo sexo con el padre de Goi, no fue agradable para ella y por eso tenía tanto miedo y se prometió ser lo más suave que pudiera.

Ella respiró hondo un par de veces y, luego, soltó su brazo; poco después, el movimiento de su dedo dentro de ella hizo que gimiera de placer, y giró la cabeza a uno y otro lado sorprendida por lo que sentía. Entonces, Aren le separó las piernas e intensificó sus caricias, ahondando en ella con movimientos suaves, pero firmes. Ölisse estaba muy húmeda, pero seguía tensa.

Él sentía un ansia abrasadora por hundirse en ella, pero, a pesar de eso,

luchó por contener la furia de su deseo, el dolor que sentía en las entrañas, mientras creía que se volvería loco si aguantaba mucho más sin completar su unión,

—¡Mírame, Ölisse! —ordenó, porque había vuelto a cerrar los ojos perdida en su mundo de placer. Al escucharlo lo obedeció con una sonrisa y él, sin dejar de acariciarla, volvió a poner sus labios sobre los de ella bebiendo de su aliento y sintiendo que no podría soportar mucho más.

Empezó a descender por su cuerpo de nuevo, acariciándole el pecho, los muslos, su ombligo y volviendo a penetrarla con sus dedos, hundiéndolos profundamente en ella para prepararla lo máximo posible, hasta que sintió que ella iba a llegar al clímax, entonces, le invadió un calor abrasador esperando su respuesta. De repente, Ölisse respiró profunda y entrecortadamente, luego, se retorció y su cuerpo se tensó y Aren sintió una triunfal oleada de placer cuando, unos segundos después, sintió el flujo cálido que brotaba del cuerpo de ella.

—Ya estás preparada —estaba increíblemente húmeda y caliente, y eso provocó que él no pudiera esperar más.

Se levantó y se desnudó del todo, luego, volvió a la cama y la besó de nuevo, empujando la lengua dentro de su boca. Entonces, le separó los muslos con determinación, utilizando todo el peso de su cuerpo. El miembro de Aren palpitaba violentamente y Ölisse tragó saliva al sentirlo contra su muslo; él tanteó y empujó con sumo cuidado la punta suave de su sexo en la entrada de ella. Ölisse se había despejado de golpe y lo miró inquieta, entonces, él empujó un poco más y ella respiró entrecortadamente y se mordió el labio inferior, resuelta a no gritar y puso las manos sobre sus hombros como único apoyo. Aren, extrañado por su estrechez, se movía tan lentamente como podía, pero, finalmente, no pudo soportarlo más y dijo:

—Creo que será mejor que lo haga de una vez —con el siguiente movimiento de caderas consiguió penetrar totalmente en ella, pero después, se quedó quieto como si lo hubiera alcanzado un rayo. Estaba atónito y no entendía lo que acababa de ocurrir, porque acababa de traspasar la barrera de su virginidad,

—¿Cómo es posible? —ella había gemido debido al dolor y se movió

incómoda, por la falta de costumbre de tener a un hombre dentro —¡no te muevas, maldita sea! —con una maldición, Aren tuvo que moverse dando gracias a que Ölisse estaba húmeda y entregada. Su cuerpo lo acogió cerrándose sobre él como una funda y él la mantuvo estrechamente abrazada, mientras se hundía cada vez más profundamente en ella, acelerando el ritmo de sus embestidas a medida que aumentaba la urgencia de su deseo. La llenó cada vez con más ímpetu manteniendo la mano firmemente apretada en la suave curva de sus nalgas, amoldando el cuerpo de Ölisse al suyo. De repente, el placer estalló dentro de su cuerpo, pero siguió penetrando en ella hasta que sintió que se quedaba sin fuerzas. Entonces supo que algo dentro de él había cambiado para siempre y, a pesar de que tenían mucho de qué hablar, sonrió al darse cuenta de que ella había vuelto a llegar al clímax.

Después, se dejó caer suavemente a su lado y cogió una de sus manos para ponerla sobre su pecho. Quería que escuchara los latidos de su corazón.

—Eras virgen —ella permaneció callada, pero si pensaba que no se lo iba a explicar, es que aún no lo conocía. Él era un hombre tranquilo, pero cuando algo le importaba no paraba hasta conseguirlo, y ahora, necesitaba saber la verdad —Goi no es hija tuya —ella suspiró e intentó levantarse, pero no la dejó.

—Quiero irme —miraba hacia el frente, decidida a no decir nada.

—Antes, tenemos que hablar —Aren se sentó en la cama y la ayudó a que hiciera lo mismo —esto no es un revolcón en una cama cualquiera. Para ninguno de los dos —ella se tapaba con las sábanas, pero él no lo hizo ya que no sentía ninguna vergüenza porque lo viera desnudo.

Ölisse comenzó a darse cuenta de que, quizás, no podría seguir manteniendo su secreto, pero, a pesar de que le dolía mentirle, haría lo que fuera por Goi. Por eso, se mantuvo callada.

—Tienes que contarme la verdad ¿de quién es esa niña? —Ölisse apretó la mandíbula en un gesto extraño en ella y apartó la vista, él insistió, pero ella siguió sin decir nada, solo repitió que quería marcharse a su habitación.

Aren se levantó, decepcionado y dolido y se puso los pantalones. A pesar de que, lo que más quería en ese momento, era abrazarla y que se durmiera en sus brazos, no podía dejar que lo mintiera. Eso significaba que no confiaba en

él.

—Vete si quieres, no te retendré —ella se puso el camisón rápidamente e iba a salir al pasillo, cuando se volvió con los ojos llenos de lágrimas.

—Aunque yo no la haya parido, Goi es hija mía, y no podría quererla más, aunque hubiera salido de mi cuerpo —miró hacia el suelo, luchando consigo misma —es cierto que todo mi ser me arrastra hacia ti. Pero ni siquiera por lo nuestro, renunciaría a mi hija —se acercó a ella, incrédulo.

—Jamás te pediría que lo hicieras. Si nos uniéramos, Goi también sería hija mía. Ya te lo dije.

—Sí lo harías, no podrías evitarlo —movió la cabeza, negándose a sí misma lo que necesitaba —no, es mejor así. Yo no podría vivir sin ella, pero sin ti sí, al fin y al cabo, nos conocemos desde hace muy poco —él hizo una mueca de dolor ante sus palabras, pero que enseguida se transformó en una de rabia.

—Te arrepentirás por no haber confiado en mí —ella lo miró como si estuviera viendo a un desconocido y quizás lo era, porque ahora no hablaba Aren, sino la criatura que vivía en su interior y que sentía que acababa de rozar el cielo con las manos, para que se lo robaran a continuación. Y no estaba dispuesta a consentirlo.

Ölisse tembló porque sabía el peligro que significaba para cualquiera conocer la verdad e intentó desviar su curiosidad.

—Creo que es mejor que hagamos como que esto no ha pasado —mientras hablaba, ella misma sentía que le faltaba el aire y que el corazón le palpitaba en los oídos —cuando volvamos al pueblo, Goi y yo nos iremos a nuestra cabaña y no tenemos por qué volver a vernos —se encogió de hombros como si no se le hubiera hecho un nudo en el estómago al decir tal cosa —luego, tú te marcharás a tu granja y no volveremos a saber el uno del otro.

Aren no contestó y dejó que se marchara, mientras se controlaba para no llevársela a la cama y hacerla suya durante toda la noche, hasta que se hubiera arrepentido por atreverse a negar lo que había entre ellos.

NUEVE

Ragnar y Wulf se habían adentrado en el bosque lo suficiente, hasta estar seguros de que nadie escucharía lo que tenían que hablar. Después de andar en silencio unos minutos, llegaron a un claro en el que había varias piedras donde podían sentarse. Ragnar se sentó primero y comenzó a hablar.

—Tenemos que tomar una decisión Wulf, ya has oído a la sanadora —al ver la mueca de su amigo, replicó —pensaba que estarías contento.

—¿Cómo voy a estar contento? —cogió una piedra que había a sus pies y, frustrado, la lanzó lo más lejos que pudo —todavía hay algo que no sabes...

Ragnar esperó con una ceja arqueada, pero sin sorprenderse, porque era algo que se imaginaba desde que había llegado. En cuanto que volvió a poner los pies en la isla, había notado que todos le ocultaban algo.

—Estoy esperando —Wulf apretó la mandíbula, poco acostumbrado a que nadie le hablara así, pero Ragnar tenía razón al hacerlo. Después de todo, la isla era suya.

—Hace unos días, otro de los hombres tuvo un ataque —Ragnar supo enseguida de quien hablaba, sobre todo porque solo había un hombre al que Wulf protegería de esa manera.

—¿Lars? —su amigo asintió con expresión atormentada.

—Fue terrible, pero, afortunadamente, no tenía ningún arma a mano porque estábamos pescando los dos solos en la barca. Conseguí arrastrarlo como pude a la playa y, allí, entre varios pudimos reducirle y llevarlo a una celda. Afortunadamente, nadie salió herido.

—Wulf, es la tercera vez que le ocurre, quizás deberíamos... —no terminó la frase debido a la mirada que le echó su amigo, pero los dos sabían que no podían dejarlo así —hace tiempo que Lars es un peligro.

—Si se repite, nos iremos. Te doy mi palabra. Nunca pondría en peligro a los demás, tú lo sabes. Me he trasladado a la habitación que hay junto a la suya y duermo con la puerta abierta para escuchar cualquier ruido.

—¿Qué dice él? —Wulf se encogió de hombros, porque no iba a hacer caso a ninguno de los dos.

—Lo mismo que tú, me pide que acabe con su vida —sonrió sin ganas — me ha llegado a decir que, si es más fácil para mí, que lo envenene, que no me culparía por hacerlo —Ragnar abrió los ojos, admirado por el coraje de Lars, aunque, tampoco lo sorprendía porque siempre había sido el más valiente de todos.

—Sé cuánto lo aprecias, pero puede que llegue el momento en el que tengas que hacer lo que te pide. Y si os fuerais de aquí ¿a dónde iríais? No vais a encontrar ningún otro sitio, aislado como este, donde no haga daño a ningún inocente si le da un ataque.

—Lo sé —frustrado, se pasó la mano por el pelo —lo sé. Pero no puedo conformarme con la idea de que la única solución sea su muerte y más después de conocer la historia que nos ha contado Aren —Ragnar tampoco podía evitar sentirse ilusionado después de conocer la existencia de la profecía.

—¿Qué opinas acerca de eso?

—Al principio me parecía un cuento para viejas, pero, cuando me contaste lo que ocurrió en tu casa entre Aren y la curandera, empecé a fijarme en su actitud hacia ella y me di cuenta de que están emparejados. Antes, desayunando, ha habido un momento en el que he estado seguro de que habían compartido el lecho —Ragnar pareció sorprendido.

—No lo sé, pero me extrañaría. Yo no he notado nada.

—Es una sensación, pero no creo que me equivoque.

—Bueno, en cualquier caso, es asunto suyo.

En ese momento, Aren estaba en el salón hablando con algunos de los hombres que vivían en la isla y que no dejaban de preguntarle sobre la profecía, como si él fuera el que la hubiera escrito.

—¡Escuchadme un momento! —harto de los gritos, dio un puñetazo en la mesa.

Los hombres, desesperados por saber, se habían sentado rodeándole en cuanto se fueron Ölisse y Goi a dar un paseo y habían empezado a preguntarle, al principio más educadamente, pero, desde hacía un rato, se peleaban entre ellos para poder hablar con él.

—Venga chicos, preguntadme de uno en uno y os contestaré lo que sepa — se quedaron callados, mirándolo, y él eligió a Lars que se mantenía alejado de todos y que observaba la superficie de la mesa, como si la conversación no fuera con él.

Pero, en realidad, estaba atento a sus palabras porque, en cuanto dijo su nombre, lo miró muy serio y le preguntó:

—¿Cómo sabes qué mujer, entre todas, es tu andsfrende? —todos volvieron la cabeza hacia Aren, deseosos de conocer la respuesta y él se tomó unos segundos pensando cómo explicarlo.

—Puedo contaros algo que he podido comprobar hace poco. Llegado el momento, es posible preguntar a tu berserker para que te confirme si una mujer, es la compañera que tienes destinada.

Al decir eso se montó tal alboroto que tuvo que volver a golpear la mesa para llamar su atención,

—¡Escuchadme! ¡Callaos, por favor! —dejaron de hablar entre ellos y volvieron a prestarle atención —escuchadme, entiendo que estéis entusiasmados, pero tengo que deciros que no sé si se puede hablar con el espíritu para otras cosas, pero, para esto, sé que sí. Porque yo lo he hecho.

Lo que nadie esperaba era que Ragnar, que acababa de volver con Wulf del bosque, preguntara en voz alta, desde la entrada del salón:

—¿Le has preguntado si Ölisse es tu andsfrende? —a Aren se le escapó una sonrisa involuntaria porque, a pesar de cómo estaban las cosas entre ellos, se consideraba un hombre afortunado.

Ella aún no confiaba totalmente en él, pero, a pesar de todo, había cambiado su vida. Ahora tenía un futuro.

—Sí —contestó, siendo parco en la respuesta a propósito. El resto de los hombres lo miraban a él y a Ragnar, sucesivamente.

— Y ¿qué te contestó?

—Que lo era —durante unos segundos, mientras todos asimilaban lo que acababa de decir, se hizo un llamativo silencio en el salón, pero, después, todos se levantaron con gritos de júbilo, para felicitarlo.

—Esperad, ella todavía no me ha aceptado, tengo que convencerla —pero su explicación no consiguió calmar a ninguno de ellos.

Wulf, después de unos minutos, sintió lástima por él y los mandó a todos a cumplir con sus obligaciones.

Cuando los tres se quedaron solos, Ragnar y Wulf se sentaron junto a él.

—Le he contado a Wulf lo ocurrido con Hasse —Aren lo miraba sin saber dónde quería llegar —Wulf fue, durante un par de años, jefe de la guardia, hasta que, debido a las continuas peleas que había entre los berserkers, nos dimos cuenta de que no podían seguir allí. Entonces se nos ocurrió que, los que quisieran, podrían venir a la isla y él decidió acompañarlos y ponerse al mando de todo esto. Por eso se lo he contado, para preguntarle si se le ocurría alguien con el que Hasse no se llevara bien —hizo una seña a Wulf para que dijera lo que le había contado antes.

—Recuerdo muy bien a Hasse, al principio se pasaba todo el día borracho, a veces se quedaba dormido en la puerta de las cabañas de algunos vecinos, aunque la gente no solía quejarse porque, aparte de eso, no se metía con nadie. Había empezado a beber cuando su mujer y su hijo murieron durante uno de los ataques del ejército enemigo a su aldea. Pero cambió cuando conoció a Ölisse, me contaron que ella lo cuidó cuando estuvo enfermo y que había dejado que se recuperara en su casa. Desde entonces, nadie volvió a verlo borracho por la calle —meneó la cabeza —Ragnar pensaba que su muerte podía ser fruto de una pelea entre borrachos o por dinero, pero no lo creo. Por lo que sé, Hasse estaba totalmente entregado al cuidado de esa niña. Hace poco fui de visita al pueblo y un vecino me contó que estaban muy sorprendidos por cómo había cambiado, y que lo veían algunas veces en el pueblo con Ölisse y llevando a la niña de la mano. Seguía yendo a la taberna, pero ya nunca bebía hasta perder el control —a Aren no le extrañó escuchar sobre la bondad de Ölisse, porque sabía cómo era.

—¿Y sabes quién puede haberlo matado? —Wulf levantó la mano para que lo dejara terminar.

—Hay otra cosa de la que me acabo de acordar —entornó los ojos como si estuviera intentando recordar las palabras precisas —hace un par de años, me lo encontré en la taberna, estaba bebiendo tranquilo sentado en un rincón y como no había otro sitio libre, me senté junto a él y no le molestó, al contrario. Parecía estar deseando hablar con alguien.

—¿Qué te dijo? —Aren se inclinó hacia él, esperando sus siguientes palabras.

—Es raro, porque yo nunca había hablado demasiado con él, pero ese día parecía tener ganas de hacerlo. En voz baja me dijo que nada era lo que parecía en ese pueblo y que algunos harían bien en mirar bien a quien tenían al lado, antes de que los apuñalaran por la espalda —se quedó unos segundos callado —creo que esas fueron, más o menos, sus palabras.

Ragnar y Aren se miraron.

—¿Sabes a quien podía referirse?

—No. Ni siquiera cuando me contó Ragnar lo de su asesinato lo recordé, estaba demasiado preocupado por Orvar, pero ahora, al estar mejor, supongo que me he relajado y ha venido a la mente. Además, entonces no le di demasiada importancia a lo que dijo, pero ahora, después de que lo hayan matado... —Ragnar intervino.

—Es evidente que había descubierto alguna cosa sobre alguien del pueblo.

—Sí —Wulf estuvo de acuerdo.

— Y me lo contáis porque... —Wulf asintió explicándole lo que pensaban

—Al vivir con Ölisse, es posible que ella también lo sepa y, si es así... —Aren comprendió y, con un estremecimiento, terminó la frase por él.

—... ella y su hija pueden estar en peligro —el gesto de seriedad de los dos le dijo lo que necesitaba saber —¿qué queréis que haga?

—Tienes que averiguar lo que sabe, si Hasse le habló sobre alguien del pueblo... cualquier cosa que le dijera, aunque ella no le diera importancia.

Aren hizo una mueca porque, después de la noche anterior, sabía que aquel no era el momento más oportuno, pero eso no lo echaría para atrás. La seguridad de Ölisse y de Goi estaba por encima de todo, por eso también estuvo de acuerdo con lo que dijo Ragnar

—Creo que Ölisse y Goi viven cerca de donde apareció el muerto, ¿no?

—Sí, su cabaña está muy cerca de los campos de cultivo —Ragnar se había quedado pensativo.

—Si hay alguien capaz de matar suelto por la zona, no creo que deban seguir en esa casa, al menos hasta que sepamos quién asesinó a Hasse. Pueden quedarse en la torre hasta que todo se solucione —Aren intentó relajarse a

pesar de sentir cómo se enfadaba el berserker porque ella estuviera en peligro.

Ragnar y Wulf lo miraban atentos por si no podía controlarse, pero, se quedaron admirados al ver que, a pesar de que sus ojos se habían vuelto del típico color azul berserker, Aren no dio indicios de agresividad.

—Me quedaré con ellas hasta que demos con el asesino, y después, vendrán conmigo a mi tierra. A su nuevo hogar —sus amigos intentaban esconder una sonrisa porque ya les había confesado que ella no quería marcharse de allí, claro que también les había dicho que él no admitía su negativa y que insistiría hasta que dijera que sí.

Al día siguiente, Orvar llegó hasta la playa por su propio pie siguiendo las indicaciones de Ölisse, aunque el esfuerzo lo dejó agotado. Los gemelos lo ayudaron acompañados por Wulf y, cuando lo dejaron de nuevo en la cama, Orvar volvía a sonreír contagiado por la alegría de los hermanos. Ölisse y Ragnar dejaron a un Orvar sonriente y a Wulf sentado en la cama de al lado, escuchando a Leif y Finn que se empujaban entre ellos, cada uno intentando hablar antes que el otro.

Ragnar, sin que los demás lo vieran, hizo un gesto a Ölisse para que saliera al pasillo.

—Ölisse —ella lo miraba, curiosa —hace un par de días que quiero decirte algo... —miró hacia el suelo intentando encontrar las palabras adecuadas —verás, sé por Aren que quiere que lo acompañéis a su casa cuando se vaya —ella agachó la cara, ruborizada.

—Sí —susurró.

—Pero dice que tú no quieres ir con él —ella no contestó —Ölisse, no es asunto mío, pero necesito saber si lo haces porque no tienes sentimientos hacia él —en ese momento vio sus ojos y sonrió —¡ah!, ya veo que ese no es el problema —ella hizo una mueca deseando no ser tan transparente —tienes miedo ¿es eso?

—La verdad es que no lo sé —se encogió de hombros —puede ser.

—Conozco a Aren hace muchos años y es uno de los mejores hombres que he conocido.

—Lo sé, sé que no voy a encontrar a nadie mejor que él. Pero ¡ha sido todo tan rápido! aún no me he podido hacer a la idea, hace solo una semana

que nos conocemos y ya me ha pedido que me vaya a vivir con él, a un lugar en el que no he estado nunca.

—Comprendo —aunque dijo eso, él no lo comprendía, porque haría lo que fuera, viajaría a cualquier sitio, por una oportunidad como la que tenían Aren y Ölisse. Pero, a pesar de todo, era un jarl y debía pensar en su pueblo, por eso le hizo una proposición que rondaba su cabeza desde hacía un par de días —espero que, por el bien de los dos, aceptes marcharte con él para que tengáis un futuro los tres juntos, pero —ella lo miró extrañada cuando dijo esa palabra —por si no lo haces, me gustaría ofrecerte un trabajo en el pueblo.

—¿Qué? —estaba boquiabierta.

—Sí, tendrías que trasladarte a vivir dentro de la empalizada. Por supuesto, pondría a tu disposición una de las cabañas que hay libres ahora mismo y que ya hemos reconstruido.

—¿Cuál sería mi trabajo?

—A cambio de una paga anual, tendrías que tratar las enfermedades de los habitantes del pueblo. Ellos te pagarían, además, lo que pudieran, pero, como muchos son muy pobres, yo te daría una cantidad fija aparte —Ölisse sintió que se mareaba por la alegría, nunca hubiera imaginado tener un trabajo seguro, trabajando de curandera. Pero Ragnar acababa de darle la posibilidad de hacerlo.

—Muchas gracias, Ragnar, lo pensaré —comenzaron a caminar hacia el salón común y escucharon las risas de Goi, antes de contemplar algo que se grabaría en el corazón de la mujer para siempre.

Los dos se detuvieron en el umbral del salón al ver lo que ocurría dentro. Jan y Knut estaban dando palmas y entonando una canción muy animada que solían cantar los hombres en las celebraciones, mientras que Aren llevaba en brazos a Goi con su pequeña mano dentro de la suya, bailando y girando cada vez más deprisa provocando la risa de la niña. Ölisse nunca la había visto tan feliz.

Ragnar sonrió viendo a su amigo y, luego, miró a Ölisse,

—Tú y tu hija sois un regalo de los dioses para él —ella asintió, porque empezaba a creer que, la vida que le había ofrecido Aren, era posible.

Solo tenía que confesarle lo que había hecho. En el fondo, sabía que solo

podía contárselo a él, al hombre que estaba bailando con su hija, haciéndola reír como no le había escuchado hacerlo en la vida.

DIEZ

Lars había salido solo a pescar, aunque Wulf le había dicho varias veces que debía ir acompañado. Allí el mar se picaba en un instante y las corrientes te podían alejar de la costa en pocos minutos, y para un hombre solo era mucho más difícil volver remando en esas condiciones.

Wulf lo estaba esperando sentado en la arena y se levantó en cuanto lo vio llegar. Ató la barca mientras Lars cogía los peces y saltaba ágilmente a tierra, entonces, se quedó mirando a su amigo con una mueca.

Cuando habló, no evitó que la amargura se reflejara en sus palabras:

—¿Estás vigilándome? —Wulf se puso tenso, pero se mordió la lengua para no discutir. Sabía cómo se sentía Lars, era imposible para él no saberlo, debido a su amistad y, precisamente por eso, no iba a consentir que se destruyera a sí mismo. Pero Lars lo sorprendió al soltar un suspiro, cansado de estar siempre enfadado y preguntó con voz algo más normal:

—¿Qué pasa, Wulf? —mientras el otro contestaba, dejó la bolsa con sus presas sobre un tocón para que se escurriera el agua del mar.

El moreno lo miraba sin saber cómo convencerle para que aceptara lo que iba a pedirle.

—Quería hablar contigo sobre lo que nos contó Aren —Lars resopló.

—Eso son cuentos de viejas.

—¿Por qué estás tan seguro? —Lars, con las manos en las caderas, se volvió hacia el mar.

El mar siempre había significado mucho para él, siendo muy joven estuvo trabajando durante unos años como pescador igual que su padre, pero eso fue en un tiempo muy lejano, cuando era otra persona. Por entonces, las mujeres todavía lo consideraban atractivo porque aún no tenía la cicatriz en la cara. Ahora, desde que se quemó, la mitad de su rostro parecía la de un demonio y la mayoría de las noches tenía unos horribles dolores de cabeza que no lo dejaban dormir.

—Lars, contéstame, por favor —su voz lo devolvió a la realidad y se dio la vuelta intentando sonreír.

Aunque Wulf no lo creyera, no le guardaba rencor, seguía queriéndolo como a un hermano. Nada de lo que había ocurrido era culpa de nadie, pero ya no podía más.

—Wulf, amigo, tienes que dejarme ir. Y no quiero que te sigas sintiendo culpable, mi destino era este —se señaló la mejilla —no hay duda. Si al menos pudiera dormir, no me importaría tener la cara marcada —murmuró. A veces pensaba que iba a volverse loco por no poder descansar.

—Por eso he venido, quiero que dejes que Ölissee te vea. Vamos a hablar con ella.

—Wulf... —su amigo lo había llevado a ver a sanadores, boticarios y a todo tipo de charlatanes de los que prefería no acordarse, y no quería volver a pasar por eso.

—¡Escúchame! —se calló al notar la desesperación en su voz —tendrías que ver cómo cuidó de Orvar, esa mujer tiene un don. Y, además, consiguió calmar a Aren cuando tuvo un ataque —Lars frunció el ceño mientras murmuraba:

—Es imposible, nadie puede calmar a un hombre cuando está poseído.

—Ölissee lo hizo y Ragnar lo vio. Lars, si no quieres que lo haga yo, te pido que hables con ella antes de que se vayan. Recuerda como estaba Orvar, todos creíamos que moriría —Lars lo pensó durante un momento y asintió casi sin darse cuenta.

—De acuerdo, hablaré con ella.

Ölissee dejó a Goi a cargo de los gemelos, que se habían ofrecido a cuidarla y salió en busca de Aren que había ido a cortar leña, al bosque que había detrás de la casa. Todavía no sabía lo que iba a decirle exactamente, pero el día anterior, al verlo bailando con su hija, había dejado de tener dudas.

Siguió el ruido de los hachazos hasta que lo encontró y estuvo observándolo antes de que se diera cuenta de que estaba allí. Aren llevaba unos pantalones suaves de gamuza y una camisa suelta que dejaban adivinar su cuerpo grande y musculoso. Sin que hubiera hecho ningún sonido, él dejó de cortar leña y estuvo quieto unos segundos, luego se dio la vuelta sabiendo que

ella estaba cerca y la vio. Clavó el hacha en el tocón sobre el que estaba partiendo la leña y observó cómo ella se acercaba limpiándose el sudor del rostro.

—Hola, Aren.

—Hola —la miró a los ojos, esperando

—Tenías razón, en todo. Y tienes derecho a que te cuente la verdad, pero te pido que me des un poco más de tiempo —él estaba conmovido, aunque no era suficiente —mañana nos vamos, y no quiero que sigas enfadado conmigo.

Suavemente, le levantó la barbilla porque ella había apartado la mirada hacia la hondura del bosque, como si estuviera avergonzada.

—¿Por qué no quieres contármelo? —había algo en su mirada que lo desconcertaba —¿acaso tienes miedo?

—Sí, es un secreto que pensé que me llevaría a la tumba.

—No lo entiendo ¿Cómo puede ser tan grave saber quiénes son los padres de Goi? —sin previo aviso, Ölisse se echó en sus brazos, pegándose a su cuerpo y abrazándolo por el cuello.

—¡Por favor, Aren! ¡Te doy mi palabra de que te lo contaré, pero necesito un poco más de tiempo! —él asintió y la besó en la coronilla, más preocupado al ver lo inquieta que estaba por el dichoso secreto, que antes.

—Está bien, tranquilízate, esperaré un poco más a que estés preparada, pero Ölisse —la separó de él para que le viera la cara —mi paciencia no es infinita, tenlo en cuenta —ella asintió y él decidió posponer las preguntas que iba a hacerle sobre lo que sabía Hasse, hasta que estuviera más tranquila.

—Gracias —vacilante, le dio un beso y él se lo devolvió con toda la pasión que sentía. Se separaron porque escucharon acercarse unas voces. Entonces, Ölisse se fue, después de susurrar,

—Esta noche iré a tu habitación.

Los dos gemelos encontraron a Aren cortando leña y más sonriente de lo que lo habían visto los últimos días.

—¡Eh, Aren!, venimos a sustituirte, ¡tienes que descansar para el baile de esta noche!

—¿Qué baile? —siguió trabajando sonriente porque ya conocía las bromas de los gemelos. Pero Finn, en cuanto terminó de cortar el tronco en el que

estaba trabajando, le quitó el hacha gentilmente y su hermano tiró de él para apartarlo del tocón y, mientras Finn lo sustituía, Leif le explicó lo que habían urdido,

—Jan os está preparando una cena de despedida para chuparse los dedos. Y vamos a tener música, mi hermano y yo tocamos el tambor y el lur, y Lars, si tiene un buen día —bromeó —toca como nadie la tagelharpa.

Aren se quedó sorprendido porque el lur lo tocaban hombres o mujeres invariablemente, pero el tagelharpa, solían tocarlo solo mujeres. Se decía que, para que sonara bien, se necesitaba una sensibilidad especial, algo que los hombres no poseían. Leif sonrió mostrando sus hoyuelos, al adivinar lo que estaba pensando,

—Si quieres seguir teniendo todos los dientes, no bromees sobre el tema de la sensibilidad con Lars, le he visto dejar a algunos hombres que se han atrevido a hacerlo bastante maltrechos.

—Ya me lo imagino. Estoy deseando que llegue la noche para oíros tocar —Leif le dio una fuerte palmada en la espalda y decidió ir a molestar a su hermano, que estaba demasiado tranquilo cortando madera.

Aren se quedó un rato con ellos, disfrutando de sus cariñosos insultos.

Ölisse iba a entrar en la casa a buscar a Goi, pero se detuvo al escuchar que alguien la llamaba, se volvió hacia su izquierda y en la puerta de una de las chozas más pequeñas, estaban Lars y Wulf mirándola. Este último le hizo una seña para que se acercara y ella echó a andar hacia ellos, intrigada.

—¿Os puedo ayudar en algo? —Wulf asintió, pero Lars solo la miraba fijamente, con la mueca permanente que tendría siempre en la mitad de su rostro, provocada por la cicatriz.

Ölisse estaba acostumbrada a todo tipo de deformaciones y no le molestaba verla, al contrario, pensó en lo apuesto que debió de ser Lars antes de que el fuego dejara esa huella en su rostro y pensó que, por ese motivo, aún debió de ser más difícil para él aceptar lo ocurrido. Wulf, al ver que su amigo no iba a dar el primer paso, decidió hacerlo él.

—Lars quiere que lo examines —ella inclinó la cabeza con respeto, aceptando.

—Por supuesto —Wulf hizo un gesto para que entrara en la choza y se

apartaron para que pudiera hacerlo.

Era una habitación muy pequeña y que estaba sorprendentemente limpia, sobre todo teniendo en cuenta que la playa estaba muy cerca, lo que significaba que debían barrerla todos los días. Dentro solo había una cama, un arcón y una mesa con dos sillas. La mesa estaba bajo un pequeño ventanuco que había en un muro desde donde se veía el mar, y sobre la mesa había tres arpas en diferentes fases de fabricación, que le parecieron tan bonitas que se acercó para verlas de cerca. Tocó con el dedo índice la madera de una de ellas que parecía recién lijada y que le pareció extremadamente suave. Se sobresaltó al escuchar una voz a su lado.

—¿Te gustan? —ella afirmó con la cabeza, sin dejar de mirarlas y preguntó a su vez a Lars, que era el que le había hecho la pregunta:

—¿Las has hecho tú? —él dudó por un momento, pero luego contestó.

—Sí, me gusta trabajar con las manos.

—Son preciosas ¿No las vendes?

—Lo cierto es que sí, estas tres son encargos —lo miró sorprendida y, como Wulf sabía que su amigo no iba a decir la verdad, lo aclaró por él.

—Lars se ha labrado una buena reputación como fabricante de arpas y cobra lo que quiere por ellas, aunque luego nos da todo el dinero que gana para mantener este sitio —Lars lanzó una hosca mirada a Wulf y ella decidió intervenir.

—Lars, ¿te parece bien que empecemos? —él, por toda respuesta, se sentó en una de las dos sillas porque era demasiado alto para ella.

Se acercó a él pensando que no tenía su bolsa de remedios, pero si necesitaba algo, lo cogería más tarde.

Wulf se alejó todo lo posible, cerró la puerta y apoyó la espalda en ella con los brazos cruzados. Lars siguió sus movimientos con los ojos entrecerrados. Ölisse, con la voz suave con la que siempre hablaba a sus enfermos, le dijo:

—Antes de nada, necesito saber si tienes dolores —él carraspeó como si sintiera avergonzado.

—A veces siento que me arde el rostro como si volviera a quemarse de nuevo y por las noches suelo tener dolores de cabeza, tan fuertes, que no me

dejan dormir.

—¿Y todo te pasa por la noche? —él asintió sin mirarla.

—Muy bien. Ahora, necesito que cierres los ojos —cuando lo hizo, ella respiró hondo y se acercó a él, se inclinó para ver bien la cicatriz y le pareció que estaba demasiado roja, como si no hubiera cicatrizado bien. Posó la palma de la mano sobre ella y le preguntó —¿este lado de la cabeza es el que te suele doler? —él volvió a asentir, aún con los ojos cerrados.

—Cuando duermes... ¿tienes pesadillas? —ahora sí la miró, muy sorprendido.

—Sí ¿cómo lo sabes? —ella sonrió, pero no contestó.

—Cierra los ojos de nuevo, por favor, Lars.

Entonces, Ölisse posó su otra mano sobre la mejilla sana y, con la cara del hombre enmarcada por sus dos manos, cerró los ojos y se dejó llevar. Utilizó su poder, intentando reparar el interior de Lars, como había visto hacer a su madre. Ella le había enseñado que el don con el que había nacido debía servir para curar a los demás.

Estuvo mucho rato con los ojos cerrados, dejando fluir su fuerza en el interior de Lars, hasta que notó una mano en su brazo, era la de Wulf.

—Ölisse —la llamó con suavidad como si temiera asustarla y ella abrió los ojos y se tambaleó, entonces, él la ayudó a sentarse en la otra silla. Ölisse lo hizo con un suspiro, de repente, estaba muy cansada. Lars la observaba con los ojos como platos.

—¿Qué ha ocurrido? —Lars contestó sin su habitual sonrisa irónica.

—Que he notado cómo me curaba por dentro y la cicatriz, por primera vez en cinco años, me ha dejado de doler —al ver su nueva actitud, Ölisse se atrevió a preguntarle.

—¿Cómo te la hiciste, Lars? —él miró a Wulf y este contestó.

—Fue por protegerme, en aquella época aún éramos soldados. Estábamos al pie de un torreón que teníamos que asaltar, decidiendo por donde íbamos a atacarlo, cuando los habitantes del castillo nos tiraron encima varias ollas de aceite hirviendo y él —señaló a Lars —se echó encima de mí para escudarme con su cuerpo —movió la cabeza, angustiado al recordar los gritos de dolor de su amigo —estuvo semanas muy grave, fue un milagro que no muriera.

—Entiendo —Ölisse miró a Lars —eres un hombre muy valiente Lars, y tus amigos son muy afortunados por tenerte a su lado —por primera vez desde que lo conocía Wulf, Lars se ruborizó y mostró una sonrisa como las de antes —en cuanto a lo que te ocurre, creo que la herida no cicatrizó bien y eso provoca que los humores de la sangre en tu cabeza no se eliminen, pero hay unas hierbas que deberás tomar diariamente que te ayudarán y un unguento que te tienes que dar todos los días en la cicatriz. Ahora te prepararé una infusión con algunas hierbas que he traído y te dejaré el resto para que te tomes una al día. Luego te apuntaré qué hierbas son y cómo preparar las infusiones. Cualquier curandero que se precie las tiene y, si quieres, le puedo dar más a Ragnar cuando vuelva a mi casa. Allí tengo una provisión mayor —Lars inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y Wulf preguntó algo que ya le había visto hacer a Ölisse la primera vez que trató a Orvar.

—Pero ¿qué le has hecho cuando has puesto tus manos en su rostro?

—No sabría explicártelo, es algo que me enseñó a hacer mi madre cuando trato a los enfermos. Intento darles parte de mi fuerza para que se recuperen lo antes posible —Lars la miraba con expresión de preocupación.

—Pero eso provoca que tú te sientas mal, ¿no? —se había fijado en que ella parecía mucho más cansada que un momento antes —¿lo hiciste con Orvar?

—Sí, aunque con él tuve que estar mucho más tiempo, sentí... me pareció que, si no lo hacía así, moriría esa misma noche.

—Gracias —tanto Wulf como Lars se lo agradecieron con el mayor respeto con el que se habían dirigido nunca a una mujer.

—No tenéis porque dármelas, mi don me fue entregado para que lo compartiera —se levantó con un suspiro —voy a hacerte esa infusión y esta tarde intentaré pensar si hay alguna cosa más que puedas hacer, para evitar esos dolores de cabeza y que te recuperes del todo.

Los tres salieron de la choza y dirigieron a la casa en silencio.

Cuando Ölisse supo que su hija estaba con Aren en la playa, decidió echarse un rato en la cama porque estaba mareada después de la cura de Lars. Había sido duro. Quizás era el enfermo más atormentado que había tratado nunca. Lo que había sentido en los breves instantes en los que él se había

abierto a ella, era como si hubiera descendido hasta las puertas del infierno. Agotada, se tumbó de lado sobre la cama para evitar la luz que entraba por la pequeña ventana, y, con las manos enlazadas, cerró los ojos intentando limpiar su mente, para poder descansar.

Se despertó sabiendo que el malestar ya había pasado y se levantó. En el pasillo sonrió al escuchar que los hombres habían empezado a ensayar con los instrumentos, aunque se interrumpían continuamente unos a otros entre risas. Entró en el salón divertida y saludó a Lars que inclinó su cabeza en señal de saludo sin dejar de tocar el arpa, y a continuación, hizo una seña a los gemelos que tocaban el lur y el tambor. Después, se sentó junto a Orvar que observaba a sus compañeros vestido con sus mejores galas, como todos.

—¿Cómo estás? —se volvió hacia ella con dificultad con la mano apoyada en el vientre. El día anterior le había quitado los puntos, pero la herida le seguiría doliendo varias semanas.

—Bien, sanadora, gracias.

—No debes hacer gestos bruscos —él volvió a asentir, pero los dos volvieron su atención hacia los gemelos, que habían comenzado a rivalizar con su música, como solían hacer con todo.

—¿Dónde están los demás?

—Ragnar, Wulf y Aren hablando, y los demás en la cocina, incluyendo a tu hija. Creo que va a ser cocinera.

—Yo también —rió por la broma.

Había sido una suerte poder ir a esa isla porque había conocido a un grupo de hombres honorables y valientes que también podían ser tiernos, como habían demostrado todos con Goi o sensibles, como estaba revelando ahora Lars al tocar el arpa consiguiendo que aquella estrecha caja de madera y finas hebras de crin de caballo sonara como el agua del río corriendo entre los árboles. Ölisse jamás había escuchado nada tan delicado que procediera de un instrumento hecho por el hombre.

Ragnar, Wulf y Aren estaban en otra habitación discutiendo, cuando sonaron los primeros compases,

—Va a empezar el baile —Aren estaba nervioso y quería irse. No admitía lo que le decían, aunque reconocía que, en parte, tenían razón.

—Aren, ella no va a querer irse tan pronto, tienes que ser razonable — Ragnar lo miraba pacientemente, pero él no atendía a razones. Wulf intentó convencerle al ver que Ragnar no era capaz.

—En casa de Ragnar estará segura, lo sabes. Conozco bien a sus soldados y aquello es inexpugnable.

Sabía que lo que ellos pretendían era razonable, pero, en cuanto habían intentado convencerle para que se quedaran unos días en la torre, hasta descubrir el asesino, se había revuelto al pensar que Öllisse y Goi podrían estar en peligro.

Finalmente, Ragnar le dio el único razonamiento que consiguió que cambiara de opinión,

—Aren, si os marcháis a tu hogar en cuanto volvamos al pueblo, es posible que el asesino os siga, si realmente quiere matarla. Y estarás tú solo para protegerlas. Imagina que son varios los que os siguen, ¿crees que así estarán más o menos protegidas que en mi casa?

Aren lo miró con los ojos ardiendo y los brazos cruzados,

—¡Maldito seas! —estaba enfadado porque tenía razón. Hasta que no descubrieran quién había matado al anciano, no podían marcharse.

ONCE

El baile superó lo esperado por Ölisse que nunca había asistido a ninguno. Para ella fue maravilloso cantar y bailar junto a aquel grupo de guerreros mientras todos olvidaban sus penas durante unas horas, pero lo mejor fue ver a Goi tan feliz. Cuando se sentó, agotada, se dio cuenta de lo que su vida había cambiado en pocos días, y que todo era gracias a Aren. Ahora sabía que, solo con él, podría tener la vida a la que nunca se había atrevido a aspirar.

El primero que había muerto había sido su padre y, poco después su madre, dejándola totalmente sola. Acostumbrarse a vivir sin ellos le había resultado imposible, por eso se había ido de su pueblo, porque había demasiados recuerdos. Cuando llegó a las tierras de Ragnar, le costó acostumbrarse a vivir allí, pero poco a poco, empezó a tener trabajo y cuando en su vida apareció Goi, creyó que había formado la que sería su familia definitiva. Había sido muy feliz, pero ahora el destino le había puesto a Aren en su camino.

La cena había sido larga y, después de un par de brindis con hidromiel, Leif, Finn y Lars, habían empezado a tocar. Aren ahora estaba bailando en círculo con Knut y Jan, llevando a Goi, que daba palmas al compás de la música, sobre los hombros. Todos los hombres le pedían que se la dejara para poder llevarla un rato. Aren había conseguido que su niña se sintiera protegida y querida por ellos, y eso no lo olvidaría nunca.

Alguien le rozó el brazo para llamar su atención, era Orvar.

—Ölisse, me voy a la cama, estoy cansado —antes de que se preocupara, levantó la mano —no es nada, es solo que hoy he estado demasiado tiempo de pie. No me duele la herida ni nada parecido, pero necesito descansar —se levantó para despedirse.

—Sabes que mañana nos vamos, pero, si necesitas cualquier cosa, díselo a Ragnar —él la miró con una sonrisa.

—No creo que sigas viviendo por aquí mucho tiempo más —echó un

vistazo a los bailarines que gritaban y reían sin parar —habéis traído la alegría a la isla, nunca había visto a mis compañeros tan contentos. Aren es un hombre con suerte —suspiró y, después de una última mirada, decidió decirle algo a lo que no paraba de dar vueltas en su cabeza —Ölisse, quería preguntarte algo —ella lo miró con las cejas arqueadas —la noche que llegasteis, estaba seguro de que moriría y lo único que deseaba era que me dejaran en paz. Morir tranquilo ¿lo sabías?

—Sí —había sentido su decisión de dejarse llevar.

—Estaba helado por dentro, hasta que pusiste tus manos sobre mí y, entonces, sentí una luz por dentro que empezó a darme calor y a reparar mi herida —ella bajó la mirada extrañada porque hubiera notado tal cosa, pero era cierto que no había sido tan cuidadosa como otras veces en la curación, porque él se estaba muriendo —era como si tu espíritu estuviera dentro de mí, me salvaste la vida y quería darte las gracias a solas por ello y decirte que, si alguna vez me necesitas para lo que sea, que cuentes conmigo —a ella se le empañaron los ojos, emocionada.

—Te digo lo mismo que le he dicho a Lars esta mañana, que mi don no tiene sentido si no es para curar.

—¿Lo has usado con él? —ella asintió siguiendo su mirada, que observaba a Lars tocando el arpa —por eso está tan sonriente... ¿ha dejado de tener dolores de cabeza?

—Parece que sí. Tiene que seguir unas indicaciones que le he dado, pero si lo hace, no veo motivo para que no deje de tenerlas definitivamente. Y creo que, con el tiempo, dejará de tener pesadillas —Orvar la abrazó impulsivamente y se marchó, después de darle las gracias de nuevo.

Wulf y Ragnar habían observado desde lejos y en silencio, la conversación entre los dos y Wulf, después de que Orvar se fuera, preguntó a Ragnar:

—¿Qué quería Esben? —poco antes de la cena había llegado uno de los soldados de Ragnar y le había traído un mensaje que había llegado esa misma tarde al pueblo.

—Traía una carta del rey —Wulf frunció el ceño, sabiendo que eso no podía ser bueno, porque estaban en medio de una guerra con algunos de los jefes del norte, que ya duraba dos años —dice que la fortaleza de Ulrich

resiste, a pesar de que la están asediando desde hace ya tres meses.

—No te habrá pedido... —Ragnar le hizo un gesto para que no lo dijera en voz alta, y contestó con un susurro.

—No quiero estropear la fiesta a nadie. Dice que me prepare, porque quiere que me ponga al frente del asedio —Wulf apretó la mandíbula en un esfuerzo por mantenerse callado, porque ya habían discutido demasiadas veces sobre este tema.

Ragnar pensaba que debían seguir guardándole lealtad al rey y él creía que no, ya que consideraba un acto de traición lo que hizo cuando lo coronaron, ya que les dijo que, a partir de ese momento, ya no los necesitaba.

Durante la guerra, el rey había utilizado la ferocidad de los guerreros berserkers a su conveniencia, para desecharlos en cuanto que hubo paz. Ahora volvía a haber guerra y reclamaba de nuevo la ayuda de un berserker. Ragnar estaba de acuerdo con Wulf en todo, pero creía que era más importante apaciguar definitivamente el país para poder vivir, por fin, todos en paz.

Los hombres se turnaron para pedir a Ölisse que bailara con ellos y ella lo hizo una vez con cada uno de ellos, empezando con Aren, hasta que terminó la ronda, pero, cuando quisieron que volviera a empezar, contestó entre risas que estaba exhausta. Ese fue el momento que eligió para irse a la cama junto a su hija, que se había quedado dormida en el regazo de Aren y que fue el que la llevó a su cama. Se despidieron de todos hasta el día siguiente y caminaron en silencio hasta los dormitorios, y la música melancólica del arpa de Lars los acompañó todo el camino.

Aren dejó a la niña en la cama y su madre le puso el camisón, él se dio la vuelta para marcharse, pero antes de salir, le hizo una caricia a Ölisse en la mejilla y le dijo:

—¿Te espero? —ella asintió con una sonrisa porque, aunque era cierto que estaba agotada, también lo era que había estado todo el día deseando que llegara la noche, para pasarla con él.

Aren, dejó una vela encendida como la vez anterior y dejaría también la puerta entornada por si Goi se despertaba. Al menos, en ese pasillo, solo estaban sus dos habitaciones, por lo que tenían toda la intimidad que era posible en esa casa. Ölisse salió del dormitorio cerrando la puerta despacio y

se apresuró a llegar a su lado al ver que la esperaba de pie junto a la puerta. Aren, en cuanto la tuvo a su alcance, la llevó a la cama.

—¡Espera, que me vas a tirar! —susurró, riendo por las prisas de él.

—No puedo, te necesito ya.

Se sentó y la colocó sobre su regazo besándola apasionadamente, quería estar ya dentro de ella, pero, a la vez, no podía renunciar al placer de su boca. Por eso, no separó sus labios ni siquiera para bajarla el camisón por el torso y, cuando sus manos descendieron por los brazos de Ölisse, la prenda quedó colgando de su cintura y, entonces, sí levantó la cabeza para ver sus pechos.

Eran pequeños y perfectos y los pezones estaban duros sin que él todavía los hubiera tocado. Luego, la miró a los ojos y lo que vio allí le gustó aún más porque Ölisse le sostuvo la mirada con calma. La incertidumbre que había visto en ellos hasta ese momento había desaparecido. Lo miraba con un deseo tan desnudo en las pupilas, que Aren se estremeció de placer.

—¿Estás segura? —los dos sabían que no se refería solo a lo que iba a ocurrir en esa cama, le estaba preguntando por algo más definitivo, por su futuro. Por eso susurró la pregunta con el corazón latiéndole en la garganta, casi sin ser consciente de que hablaba en voz alta, hasta que la oyó contestar con otro susurro, casi incrédula, sin saber exactamente cuándo había tomado la decisión.

—Sí —y sonrió al decirlo, sintiendo que se acababa de quitar un peso de encima, segura de lo que iba a hacer porque ahora sabía que Aren le había sido enviado por los dioses, para cuidar de ella y de Goi.

Él asintió muy serio, antes de volver a besarla, transmitiéndole con su beso todo lo que sentía en ese momento.

Después de deshacerse del camisón, la tumbó en la cama y terminó de desnudarse bajo la mirada interesada y tranquila de ella, aunque tardó pocos segundos en acompañarla tendiéndose con cuidado sobre ella. Antes de que Ölisse se diera cuenta, él le abrió las piernas con las rodillas, decidido a no esperar ni un minuto más. Entonces sintió la punta de su sexo en la entrada del suyo, a punto de penetrarla y, dejándose llevar por lo que había ocurrido la vez anterior, intentó relajarse y apoyó sus manos sobre los hombros de Aren, aferrándose a él.

—Tranquila —el susurro de él y el beso que le dio en la sien, intentando calmarla, fueron suficientes.

Volvió a besarla profundamente, haciéndole sentir su urgencia y que perdiera el miedo; un momento después la miró con una pasión tan feroz, que Ölisse dejó de temer definitivamente y, cuando entró en ella, sintió que eran uno, algo que no sabía que era posible. Como sus miradas no se separaron en ningún momento, ni siquiera cuando él empezó a moverse, notó, por su gesto de asombro, que Aren tampoco había sentido algo así antes. Entonces, sin abandonar su ritmo, se inclinó, rozó sus labios y susurró, orgullosamente,

— Mi andsfrende —ella sonrió, entre gemidos silenciosos, que contenía mordiéndose los labios.

Ölisse percibía lo que le estaba costando esperar a que ella terminara antes que él, porque estaba demasiado excitado. Intentaba que sus movimientos fueran lentos para no precipitarlo todo, a pesar de que ella movía sus caderas pidiéndole sin palabras que los acelerara, pero él puso su mano derecha sobre su cadera para controlar sus movimientos y él mismo se detuvo para alargar el momento. Su torso estaba tenso y duro, y sus ojos, más brillantes que nunca, continuaban hipnotizándola con su intensidad.

No sabía cómo conseguía hacerlo, pero, a la vez, sus dedos acariciaban suavemente su cuello, sus pechos y su vientre, dejando un rastro ardiente por donde pasaban. Además, el roce de su lengua contra los sensibles pezones la hacía gemir y, cuando los succionó, Ölisse tuvo la sensación de que moriría de placer.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y acunó su cabeza contra su pecho, se sentía querida, preciosa y muy deseada. Y mientras tanto, él seguía atendiendo su cuerpo con exquisito cuidado, esperando, mientras la parte de él que estaba dentro de ella ardía, palpitando de necesidad.

Cuando Aren volvió a moverse, había conseguido que el deseo de los dos aumentara hasta un nivel tan febril que, en pocos segundos, se disolvió en una explosión de sensaciones y Ölisse se durmió bajo su cuerpo, antes de que se disolviera el último estremecimiento.

Goi se resistía a marcharse agarrada a Jan, el gigante pelirrojo de ojos verdes, que hacía las veces de cocinero y que había estado mucho tiempo en la

cocina con la niña. Ölisse se estaba poniendo nerviosa porque el barco los estaba esperando y no podía convencerla para que se soltara. Ragnar, Aren y Wulf estaban dentro de la casa hablando, pero saldrían en cualquier momento.

—Goi, cariño, por favor, tenemos que irnos —no había manera de separarle los bracitos del cuello de Jan sin hacerle daño. Él le hizo un gesto para que le dejara intentarlo.

—Preciosa, tienes que irte con tu mamá para que podáis volver a tu casa, no querrás quedarte aquí sin ella y sin Aren, ¿no? —eso consiguió que levantara la cabeza.

Evidentemente, a su corta edad había pensado que, si ella se quedaba en la isla, su madre también lo haría, pero, al ver que eso no era así y que se quedaría sola, alargó los brazos hacia Ölisse que suspiró tranquila. Jan rio al ver la respuesta de la niña.

—Ya me lo imaginaba.

—Se lo ha pasado tan bien aquí, habéis sido tan buenos con ella... os estoy muy agradecida...

—Nosotros somos los que te damos las gracias, tú y Aren nos habéis traído ilusión y no sabes lo importante que es eso para nosotros. Espero que todo os vaya bien y es posible, si os parece bien, que alguna vez os hagamos una visita en vuestro nuevo hogar —ella lo miró sin acostumbrarse todavía a la idea de que se iría con Aren y, aunque él le había prometido darle algo de tiempo, sabía que no podían esperar demasiado. Él tenía una granja de la que debía ocuparse.

—Espero que vosotros también encontréis pronto vuestro destino, todos os lo merecéis... Adiós, Jan.

Se fue despidiendo de todos y se subió al barco que habían traído de nuevo los soldados de Ragnar. Ya estaban sentadas, cuando vio que Aren y los demás salían de la casa.

Aren le había hecho un comentario rápido esa misma mañana sobre Hasse, pero no habían podido hablar demasiado porque Goi estaba delante. Al parecer, Ragnar y Wulf creían que Hasse había sido asesinado por algo que sabía y querían averiguar si ella conocía ese secreto. En ese momento se había dado cuenta de lo estúpida que había sido al no contarle la verdad que llevaba

ocultando tantos años, pero lo haría en cuanto estuvieran a solas de nuevo.

Desde la barca, vio cómo Aren se despedía juntando su antebrazo con todos y que luego se daban una palmada en la espalda, hasta llegar a Lars que, en un aparte, le dio un paquete y le dijo algo. Aren escuchó atentamente y asintió, luego se dirigió a la barca junto a Ragnar, que acaba de despedirse de Wulf.

Cuando Aren se sentó a su lado, le enseñó el paquete —ella no podía cogerlo porque tenía a Goi sobre el regazo —y lo dejó con el resto de las cosas que llevaban.

—Esto es para ti, Lars me ha dicho que te enseñará a tocarla, si quieres y, que, si no quieres hacerlo, sería un honor para él enseñar a Goi cuando sea más mayor.

Ölisse levantó la mano para despedirse de Lars y le hizo un gesto de asentimiento para que supiera que agradecía y aceptaba su regalo.

En el umbral de la puerta, algo alejado de los demás, también pudo ver la figura de Orvar haciéndose cada vez más pequeña.

Algo le decía que los días que habían pasado allí, habían sido un remanso de paz comparado con lo que les esperaba al volver al pueblo, Aren, con el ceño fruncido al sentir su preocupación, cogió su mano derecha y entrelazó sus dedos con los suyos, llevándose luego la mano de Ölisse a la boca para besarla.

Se miraron durante un instante y ella supo lo que él le quería decir, que no importaba lo que pudiera ocurrir porque nunca más estaría sola.

DOCE

Gerda, la concubina de Ragnar, salió a recibirlos muy recuperada, viendo su figura y su forma de caminar, nadie hubiera dicho que había sido madre hacía unos días. Se abrazó a Ragnar y él se inclinó para darle un beso, y, luego, ella saludó a Ölisse y a Aren.

—¡Qué bien, así podemos comer todos juntos! —caminaba agarrada del brazo de Ragnar delante de ellos, y por eso escucharon cómo él preguntaba por su hijo.

—¿Cómo está Ari? ¿Y por qué no lo has traído para que lo vea? —a pesar de que intentó que sus palabras no parecieran un reproche, así fue como sonaron.

—Bien, querido —se pegó aún más a él, intentando calmarlo —pero nos ha costado tanto dormirlo, que no he querido despertarlo. Lo verás enseguida, porque dentro de media hora tiene que volver a comer.

—Quiero verlo en cuanto se despierte —gruñó Ragnar.

Aunque lo entendía, se sentía un poco decepcionado porque llevaba todo el viaje deseando coger a su hijo en brazos. Estos días, viendo a Goi con su madre y con Aren, le habían hecho ser consciente del regalo que había sido su hijo para él.

Junto a la mesa del salón esperaba Torá con una jofaina y una toalla para que se lavaran el polvo del camino. Era una costumbre vikinga muy antigua que simbolizaba la vuelta al hogar o la bienvenida a casa de un amigo. A su lado estaba Olaf, un esclavo de la casa, con un cáliz con hidromiel del que todos, excepto Goi por ser una niña, debían tomar un sorbo.

Se sentaron en una mesa en la que cabían más de veinte comensales y Gerda hizo un gesto a los sirvientes para que trajeran todo lo que se había preparado en la cocina y, mientras obedecían sus órdenes, puso su mano encima de la de Ragnar que estaba muy pensativo, y preguntó,

—¿Cómo ha ido todo? —sabía por él lo que había ocurrido con Orvar, y

conocía la preocupación que sentía Ragnar al marchar a la isla porque alguno de los habitantes hubiera muerto.

—Muy bien —los sirvientes colocaron ante cada uno de ellos un plato con un abundante y sabroso guiso recién hecho, y Ragnar contestó antes de atacar, hambriento, el suyo —gracias a Ölisse, Orvar se ha salvado —Gerda volvió su mirada, sorprendida, a la curandera.

—¡Menos mal que a Ragnar se le ocurrió llevaros!, para él es un gran disgusto siempre que ocurre algo en esa isla. A pesar de que no tiene ninguna obligación con esos hombres, insiste en dejar que vivan allí, sin pagar nada por su estancia —su verborrea se interrumpió bruscamente debido al fuerte puñetazo que dio Ragnar en la mesa, que provocó además que saltaran los platos de los dos, que eran los más cercanos. Goi, asustada, soltó un gemido de miedo que hizo que Aren la abrazara y mirara a Ragnar con el ceño fruncido,

—¡Ragnar!, compórtate.

El anfitrión miró a la niña que lo observaba impresionada e intentó sonreírla, aunque lo que le salió fue una mueca.

—Perdonad —dijo en general, y luego, mirando a Goi, le dijo —perdona, pequeña —cuando se tranquilizó y, sin volverse hacia Gerda dijo, en un tono normal para no volver a asustar a la niña:

—Te he dicho muchas veces, que no quiero que me vuelvas a dar tu opinión en ese asunto, afortunadamente para ti no conoces el sufrimiento que han pasado esos hombres —ella abrió la boca, pero, ante la mirada asesina de Ragnar la cerró y se levantó de la silla, indignada. Luego, se dio la vuelta y salió del salón.

Después de unos minutos, siguieron comiendo en silencio, hasta que Ragnar explicó:

—Gerda quiere que nos casemos, pero no creo que estemos predestinados. Nuestras formas de pensar cada vez coinciden menos.

Ölisse agrandó los ojos y bajó la mirada hacia su plato deseando no haber escuchado una conversación tan personal, pero Aren mantuvo la mirada de su amigo e intentó ayudarlo.

—Puede que necesitéis algo de tiempo —Ragnar movió la cabeza

negativamente.

—Antes de veros juntos creía que éramos felices, creía que tenía todo lo que se podía tener, pero, durante este viaje, me he dado cuenta de que no es así —se pasó la mano por el pelo, alborotándose —no me arrepiento de nada, sobre todo por mi hijo, pero jamás nos hemos mirado como vosotros lo hacéis —Aren abrió la boca, pero luego la cerró porque no supo qué decir —no, amigo. Ahora que he visto a lo que puedo aspirar, no voy a conformarme con menos.

Ölisse miró a Ragnar y vio la determinación de dejar a Gerda en sus ojos y se preguntó qué pensaría cuando conociera su secreto.

Les asignaron una habitación como invitados que estaba junto a la de Ragnar y, en cuanto Goi estuvo acostada en una camita junto a la pared, y ellos en la suya abrazados, Ölisse le hizo la pregunta que le rondaba la cabeza desde hacía varios días.

—¿Qué le contaste a Ragnar y a los demás sobre mi marido? —él giró la cabeza hacia ella, que estaba sobre su brazo mirándolo con curiosidad.

—Que había muerto en una batalla hacía tiempo, pero que tú no habías querido contárselo a nadie, porque no querías volver a casarte —ella se quedó pensándolo unos segundos y luego dijo, con admiración,

—La verdad es que es una mentira muy buena.

—Sobre eso... —sabía lo que quería, pero no quería hacerlo en aquella casa. Por eso le puso un dedo en los labios.

—Dijiste que me darías un poco más de tiempo y eso fue la noche pasada.

—¡Maldita sea, Ölisse!, no me gusta que empecemos nuestra vida con una mentira semejante —ella, cansada de tener que estar siempre defendiéndose, decidió hacer algo que lo convencería de una vez para siempre. Cogió la mano derecha de Aren y la puso sobre su corazón, como él hacía a veces, y juró,

—Que mi corazón deje de latir, si te miento —él, acobardado, intentó quitar su mano, pero desistió al ver su mirada suplicante —guardo silencio para proteger a Goi, pero, te juro que, antes de que nos vayamos a nuestro nuevo hogar, te lo contaré todo —entonces, tal y como hacía él, llevó la mano a su boca y la besó.

Aren la besó con reverencia y poco después, se durmieron abrazados.

Al día siguiente, después del desayuno, Aren estaba en los establos donde había ido siguiendo a Ragnar con el pretexto de enseñarle los caballos y esperaron a llegar al final de la construcción de madera, donde no había nadie, para hablar. Ragnar estaba muy serio y Aren, por su forma de actuar sabía que lo que le iba a decir afectaba a Ölisse,

—No han conseguido averiguar nada sobre el que mató a Hasse —Aren ya lo imaginaba —antes de irme, dejé órdenes para que los soldados preguntaran por el pueblo, sin llamar la atención, si alguien sabía algo o si vieron a algún extraño en los días anteriores al asesinato, pero nadie sabe nada —Ragnar gruñó inquieto y Aren, que lo conocía, sabía que había algo más que no le había dicho.

—¿Qué estás pensando?

—No lo sé —se encogió de hombros —tengo una sensación muy rara desde que hemos vuelto, como si algo dentro de mí me dijera que estuviera preparado, porque va a ocurrir algo que va a cambiar mi vida —miró a su amigo fijamente —sé que estás preocupado por Ölisse y creo que tienes razón al estarlo, pero, a la vez, siento que todo lo que está ocurriendo, de alguna manera, también me afecta también a mí —parecía frustrado por no saber explicarse, pero Aren lo entendía, porque, en ocasiones, él también había tenido alguna intuición que no sabía explicar. Intentando consolarlo, puso la mano en su hombro,

—Afrontaremos lo que venga, amigo. Quería pedirte si puedo coger tu carreta para llevar a Ölisse a su cabaña, hay algunas cosas que quiere coger de allí.

—Claro.

Después, volvieron a la casa en silencio, sumidos en sus pensamientos. Aren recogió a Ölisse y a la niña, que iba muy contenta porque le gustaba montar en carreta. Durante el corto viaje hasta la cabaña, los adultos aprovecharon para hablar sobre su futuro,

—Dentro de poco nos marcharemos —esperaba un poco de oposición por parte de Ölisse, pero, como siempre, lo sorprendió, porque parecía ansiosa por irse de allí.

—¿Cuándo lo haremos? —la miró, intentando averiguar si hablaba en

serio.

—Creía que tendría que pelear algo más contigo para convencerte —ella negó, sonriente.

—Te dije que nos iríamos contigo —él asintió y decidió decirle lo que le acababa de confesar Ragnar, pero no hubo ocasión de hacerlo porque, al doblar la última curva del camino tras la que estaba la cabaña, ese pensamiento voló de su cabeza al ver su estado. Ölisse lanzó un gemido al ver cómo había quedado su hogar y siguió mirándolo, incrédula, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Aren detuvo el carro y bajó de él, luego las ayudó a hacerlo y los tres se acercaron a lo que antes había sido la cabaña de Ölisse y de Goi.

Alguien la había quemado y estaba semiderruida. Puede que no se hubiera destruido del todo porque había llovido y el agua había apagado el fuego.

—No lo entiendo, desde los campos tienen que haber visto el fuego y no nos han dicho nada —Ölisse lloraba silenciosamente y Goi estaba abrazada a las piernas de su madre con la cara oculta en su falda.

—Debió de ser por la noche, por eso nadie se ha enterado. Quedaos aquí un momento —ella asintió sujetando con las manos la cabecita de su hija, intentando consolarla.

Aren entró y recorrió las dos habitaciones que había, confirmando que el fuego había sido provocado. No solo habían quemado la casa, sino que también habían destrozado todas las cosas de Ölisse y Goi, incluso sus ropas estaban rajadas e inservibles. Se quedó aún más preocupado al ver el interior, aunque, cuando habló con Ölisse, procuró que la niña no notara nada en su voz.

—Ölisse, yo me quedaré fuera con Goi —era mejor que la niña no viera nada y, él prefería vigilar que no acudiera nadie y los sorprendiera. Esto sobrepasaba todo lo que Ragnar y él, habían imaginado —entra y recoge todo lo que quieras que nos llevemos a nuestro hogar, ya compraremos ropas para vosotras en el pueblo —antes de que entrara, la sujetó por el brazo y susurró —no te preocupes demasiado, las cosas se pueden remplazar —ella asintió imaginando que lo que había dentro debía de ser horrible para que le dijera tal cosa.

Aren cogió a Goi en brazos y la llevó hasta los caballos para que pudiera acariciarlos, entreteniéndola hasta que salió Ölisse, pálida y desencajada con dos fardos que había hecho con un par de sábanas. Aren dejó a la niña en el suelo y fue a recogerlos, pero, antes de hacerlo, la abrazó y ella se desahogó un momento, hasta que vio la cara de angustia de Goi y se obligó a calmarse. Mientras Aren llevaba todo lo que les quedaba en el mundo a la carreta, se agachó junto a ella.

—¡No pasa nada, cariño! —decidió que ese era el mejor momento para contarle lo que sería su nueva vida, por eso se arrodilló frente a Goi y cogió sus manitas, antes de empezar —escucha, Goi —Aren, después de dejar los bultos en la parte de atrás del carromato, se acercó y se quedó junto a ellas, observándolas —dentro de poco, nos iremos a vivir con Aren, él tiene una granja con animales —Ölisse se volvió hacia él, intentando bromear —habrá animales en tu granja, ¿no?

—Algunos —Goi esperaba sus palabras, muy seria —claro que sí —se acuclilló junto a ellas y con el índice rozó la nariz de la niña —en vuestra nueva casa hay vacas, ovejas, caballos y hasta gatos —de repente, la niña se lanzó encima de él con una fuerza tremenda para su cuerpecito y él la abrazó, y Ölisse aprovechó para decirle, vocalizando, aunque sin que se le escuchara, la siguiente frase:

—Tenemos que hablar —Aren asintió, pero ella no quería hablar delante de Goi, por eso le dijo, de nuevo sin sonido —después —él volvió a asentir y dijo, en voz alta.

—Creo que deberíamos volver —después de ayudarlas a subir al carro y de hacerlo él también, pusieron rumbo al pueblo.

Ragnar comenzó a pasearse, nervioso, de un lado a otro de los establos, donde Aren acababa de contarle cómo se habían encontrado la cabaña.

—¿Quemada? ¿y no puede haber sido por un rayo, durante una tormenta? Aquí las tormentas son terribles por estar entre montañas —Aren lo interrumpió.

—Ragnar, dentro de la cabaña, todas sus cosas estaban rotas. Quien haya sido, se ha entretenido destrozándolo todo, hasta la ropa.

—Nunca había ocurrido algo así por aquí, ni he oído hablar sobre nada

parecido en ningún asentamiento.

—Yo tampoco, pero era como si hubiera habido una batalla dentro de la casa. No sé qué pensar —observó que su amigo se quedaba pensativo.

—¿Se te ha ocurrido algo?

—No estoy seguro, pero tenemos unos vecinos a pocas horas de viaje, al este, que de vez en cuando dan algo de guerra, no demasiada. En alguna ocasión nos han robado algunas vacas y cuando hemos ido, después de pelear, nos las han devuelto. Es casi como un juego, pero nada como esto. Y no creo que llegaran a matar a alguien, pero... —se encogió de hombros —creo que voy a acercarme con algunos soldados a parlamentar con su jefe.

—Te acompaño —Ragnar lo miró, asintiendo.

—Por supuesto.

El hombre moreno que los estaba escuchando fuera, a través de las rendijas de la madera, sonrió y se movió lo más deprisa que pudo para repetir lo que acababa de escuchar. Esta era la oportunidad que estaban esperando.

TRECE

Ölisse sintió algo extraño cuando Aren se despidió asegurándole que volvería en unas horas, pero lo achacó al hecho de que se iban a separar por primera vez en semanas y lo dejó marchar, intentando sonreír.

—No te preocupes, aprovecharé para organizar mi bolsa de remedios. Ragnar me ha asegurado que podía reponer lo que necesitara con lo que hay en su despensa.

Aren entonces levantó a Goi lanzándola hacia arriba antes de volver a cogerla, algo que había descubierto que a la niña le encantaba. Cuando volvió a dejarla en el suelo, le dio un beso en la nariz y luego, se montó en su caballo y siguió a Ragnar, encabezando la decena de soldados que iban a la búsqueda del asesino de Hasse.

Ölisse se dio la vuelta y se topó con Gerda que sonreía afablemente llevando a su hijo en brazos, porque también habían ido a despedirse de Ragnar. Ari, el bebé, era muy grande y fuerte y empezó a berrear en ese momento. Gerda sonrió irónicamente y dijo:

—Es igual que su padre, no lo puede negar —llamó a Torá para que se lo llevara al ama de cría y que lo diera de comer —se pone así siempre que tiene hambre ¡Qué ganas tengo de que crezca y sea como tú! —se agachó a coger por la barbilla a Goi que iba agarrada a Ölisse y que miraba a Gerda muy seria. Ölisse sintió un escalofrío al ver la expresión de la mujer, empezando a lamentar el haber dejado marchar a Aren sin hablar antes con él —vamos a divertirnos un montón esta tarde, ¿verdad? —entonces, soltó la barbilla de Goi y Ölisse apretó la mano de la niña —¡acompañadme, tengo algo preparado para que no nos aburramos!

Por un momento, Ölisse estuvo a punto de decirle que no, pero desde allí se oía el ruido que llegaba de la cocina donde estaban fregando y recogiendo lo que se había manchado durante la comida, y Torá acababa de pasar con una bandeja llena de cacharros sucios. Había mucho movimiento. Por eso estaba

tranquila, aunque Aren se había marchado, de modo que la siguieron.

Las llevó hasta su dormitorio, que no compartía con Ragnar. De eso se había enterado Ölisse cuando la ayudó en su parto y, cuando entraron, cerró la puerta y echó el cerrojo. Pero lo más sorprendente fue ver que, sentado en la cama, esperándolas, estaba Olaf, uno de los esclavos de la casa, que se levantó cuando ellas llegaron.

—Lo has hecho muy bien, Gerda —ante la sorpresa de Ölisse, la actitud de la mujer cambió drásticamente, y se acercó al hombre restregándose contra él como si fuera una gata en celo. Él la besó con lascivia y Ölisse miró a su hija, pero la niña había agachado la mirada, algo que hacía cuando alguna cosa no le gustaba o le daba miedo. Volvió a apretarle la mano, aunque ella estaba temblando por dentro y se maldecía por haber sido tan estúpida. Limpiando su mente como hacía cuando curaba, aprovechó que estaban distraídos y cerró los ojos llamando a Aren en su cabeza, diciéndole que estaban en peligro y pidiéndole que volviera. Desgraciadamente, su concentración se rompió al recibir una bofetada del esclavo de Ragnar.

—¡Despierta!, ¿eres tan imbécil que te quedas dormida cuando estás a punto de morir? —rio con ganas y preguntó por encima de su hombro a Gerda, que estaba detrás de él haciendo algo en una copa —¿tienes eso ya preparado? —Gerda sonrió, deseando agradarle y terminó de mezclar lo que había echado en la bebida, y se la acercó para que la viera. El hombre se encogió de hombros,

—Supongo que está bien, ya sabes que yo no soy mucho de veneno, me gustan más las dagas. Mira qué bien lo hice con Hasse —ella rio a carcajadas. Ölisse no pudo seguir callada al escucharlo.

—¿Mataste a Hasse? ¿Por qué? —reprimió las ganas de llorar y, poco a poco empezó a acercarse a la puerta.

Olaf, tranquilamente, cogió un puñal de la mesa donde Gerda había preparado la bebida y se acercó a ella.

—¿Y tú por qué crees? porque se fue de la lengua en una de sus borracheras en la taberna, y dijo lo de la marca en las nalgas de los niños. Cuando lo hizo, yo estaba delante y los demás no entendieron lo que quería decir, pero yo sí. Así me enteré de que esa seguía viva —señaló con el puñal a

Goi que se pegó aún más a su madre.

—No lo entiendo, ¿tú qué tienes que ver en eso? —Olaf la miró con los ojos como platos y, enseguida, empezó a reírse de ella, siendo imitado por Gerda.

—¡Eres más tonta de lo que creía! ¿Nunca te diste cuenta de que Gerda no tenía la marca?

—No, pensé que la tenía y que no se la había visto.

—Ella puso mucho cuidado en que no la vieras desnuda por detrás — Gerda sonrió como si se considerara muy inteligente —para que no supieras que la marca, los dos niños la habían heredado de mí, y no de ella.

A pesar de la sorpresa, Ölisse siguió retrocediendo lentamente, aunque Gerda se había llevado la llave después de cerrar la puerta y no sabía cómo saldrían de allí. A pesar de eso, lo hizo hasta que se topó con la pared. Olaf se acercó sonriendo y haciendo una seña a Gerda para que le llevara la copa, anunció:

—Si no quieres que destripe a esta mocosa delante de ti, bébete la copa entera. A ella podemos dejarla viva porque no puede hablar y nadie se enterará de lo que ha pasado —Ölisse asintió sin pensar. Haría cualquier cosa por salvar a su niña.

Pero, cuando él acercaba la copa a sus labios, alguien dio un fuerte golpe en la puerta desde fuera y Ölisse tiró de Goi para apartarse hacia la esquina más alejada, entonces, volvieron a golpear la puerta con tal fuerza que cayó destrozada con un gran estruendo dentro de la habitación y se quedó colgando de una de las bisagras, aunque, una última patada de Aren terminó de dejarla tirada en el suelo.

Olaf, aterrorizado sabiendo lo que le esperaba, hizo un último intento de acercarse a ellas para utilizarlas como escudo, pero Aren dio un salto y cayó sobre él con toda su fuerza. Ölisse cogió a su niña en brazos porque no quería que viera lo que Aren, descontrolado por la furia, iba a hacer y ella también giró la cabeza para no verlo, recordando lo que le había dicho su padre tantos años atrás.

Cuando Aren terminó con Olaf, estaba muerto. Ragnar había quitado la copa a Gerda y esta se había tirado a sus pies suplicando por su vida, y él, con

una mueca de asco, ordenó a los soldados que los acompañaban que la encerraran en las mazmorras. Aren se acercó a su familia y las abrazó con fuerza durante largo rato, mientras un temblor recorría su cuerpo al pensar en lo que podía haber ocurrido.

Fue bastante después, con Goi dormida, cuando los tres estaban en el salón hablando por fin con libertad. Ölisse ya les había pedido perdón por no haber dicho antes lo que sabía, pero también les aseguró que no conocía toda la verdad, por eso no había pensado que Gerda fuera tan peligrosa.

—Lo primero que me gustaría saber es por qué habéis vuelto tan pronto — Aren la miró sonriente.

—Ragnar creyó que me había vuelto loco, pero le dije que me estabas llamando ¿Era cierto? —ella asintió muy seria, recordando el miedo que había pasado.

—Aren sabe algo de lo que os voy a contar, pero no todo.

Ragnar no podía esperar para saber por qué Gerda había hecho aquellas cosas. Había estado ciego a muchas cosas, ni siquiera se había dado cuenta de que estaba liada con Olaf y se temía que había cosas mucho más graves que tampoco sabía. Ölisse suspiró y empezó:

—Hace seis años, yo llevaba aquí dos más o menos, cuando me llamaron para atender un parto. La parturienta era Gerda —Ragnar la miró, asombrado —sí, por entonces, ya estabais juntos, aunque todavía no vivía aquí contigo. Más tarde me enteré de que pasabas largas temporadas fuera por tu trabajo, es más, yo, por entonces, aún no te conocía. Cuando la niña nació, enseguida vi que era algo débil y que tenía una marca en la nalga derecha —ese comentario provocó otra mirada sorprendida de Ragnar —sí, por desgracia, enseguida lo entenderás. Delante de mí, Gerda no dijo nada y cuando lavé a la madre y a la hija y las puse cómodas, me fui, pero, llegando a mi casa, volví sobre mis pasos porque había olvidado mi bolsa de remedios y, como ella estaba recién parida ni siquiera llamé a la puerta, para no molestarla. Abrí, y me dirigí a la habitación para explicarle a qué venía, pero, escuché una conversación entre Gerda y un hombre que yo no conocía y, entonces, decidí no descubrir mi presencia. Esto es lo que escuché:

—¿Qué vamos a hacer? —Gerda parecía a punto de llorar, pero el hombre

no parecía preocupado.

—Cállate ya y no te pongas histérica, dices que la curandera también se ha dado cuenta de que la niña había nacido mal, ¿no?

—Sí, claro.

—Pues entonces nadie te puede decir nada si la abandonas obedeciendo la antigua ley.

Ragnar soltó un gruñido porque, aunque era cierto que había una ley muy antigua que permitía abandonar a los recién nacidos cuando se creía que no iban a sobrevivir, a casi todos los hombres, incluyéndoles a él y a Aren, aquello les parecía el más cruel de los asesinatos.

—¿Y qué pasó?

—El hombre, que hace un rato me he dado cuenta de que era Olaf, se llevó a la niña y la abandonó en medio del bosque —Ölisse se retorció las manos —iba a nevar, hacía un frío horrible y la había dejado desnuda bajo un árbol. Lo seguí y la recogí —los enfrentó con lágrimas en los ojos —desde entonces, la he considerado mi hija.

Aren empezó a entender todo y lo sintió por su amigo.

—¿Entonces, Goi es mi hija? —Ragnar no había entendido todavía lo que había pasado de verdad, pero no le extrañaba porque ella misma acababa de enterarse.

—Lo siento, Ragnar, pero no lo es. Tanto Goi como Ari tienen una marca en la nalga derecha que yo pensaba que habían heredado de su madre —se mordió el labio, nerviosa —pero...

—¿Pero?

—Pero por lo que me han dicho antes, ella no tiene ninguna marca, yo, a pesar de haber atendido sus dos partos no vi nunca esa parte de ella, pero me han dejado claro que los dos niños... heredaron la marca de Olaf —Ragnar se irguió y ella pudo ver su dolor al enterarse de que Ari no era hijo suyo.

—¿Es cierto Ragnar, ella no tiene esa marca?

—No, no tiene marcas.

—Entonces, ¿tú y Hasse sabíais que los dos eran hijos de Olaf y no míos? —bramó Ragnar y Ölisse, al ver que Aren iba a enfrentarse a su amigo, intentó que se tranquilizara.

—No, Ragnar, hasta hoy, yo pensaba que eran hijos tuyos —Ragnar se calmó un poco y la dejó hablar —la siguiente vez que vi a Gerda, a los pocos días de su primer parto, me dijo que la niña había muerto de repente y yo me callé. Pero, no podía llevarla por el pueblo porque no me habían visto embarazada, así que dejé de aparecer por allí durante un tiempo y, cuando tenía que ver a alguien, me aseguraba de llevar ropas holgadas con las que no se supiera si estaba embarazada o no. Por entonces, Hasse empezó a ayudarme porque yo sola, si quería trabajar, no podía encargarme de la niña todo el día. A él, con el tiempo, le conté la verdad, pero debió de descubrir, no sé cómo, que Olaf era el padre —Ragnar murmuró algo que no entendió y Aren decidió preguntarle.

—¿Qué dices?

—Que ahora entiendo por qué lo mataron, recuerda el comentario que le hizo a Wulf en la taberna, sin conocerle. Se lo debió de decir a más gente y les dio miedo de que llegara a mis oídos.

—¿Qué vas a hacer? —Ölisse sintió la mirada de desaprobación de Aren, pero no le importaba, quería saber si el niño estaría seguro con él.

—Me imagino que te refieres a Ari —ella asintió —no te preocupes, lo criaré como si fuera mi hijo. No tiene la culpa de tener unos padres como esos. En cuanto a Gerda —se encogió de hombros —creo que la desterraré para siempre.

El silencio después de que Ragnar hablara, se extendió largo rato y cuando llegaron los criados con la comida, ninguno de los tres la probó.

EPILOGO

Fue duro para Ragnar y Aren separarse después de la estrecha relación que habían tenido durante esas semanas, durante las que habían renovado su antigua amistad, pero, tal y como le había dicho Aren, la vida continuaba y por fin, después de hacerle jurar que lo llamaría si lo necesitaba, montado en un nuevo carro que le había encargado al carpintero del pueblo y llevando a su lado a Goi y a Ölisse, se marcharon una mañana temprano hacia su hogar.

La niña burbujecía feliz entre los dos, señalando las plantas o los animales que veía por el camino, y Ölisse no podía dejar de sonreír junto a los dos amores de su vida.

Aren sintió su mirada e interrumpió la historia que le estaba contando a Goi, para sonreírla de esa manera que siempre conseguía llenarla por dentro, pero, en cuanto la niña le tiró de la manga de su camisa siguió con su relato bajo las miradas embelesadas de las dos y él, por primera vez en su vida, agradeció a los dioses haber sido elegido como berserker. Merecía la pena haber vivido solo con medio corazón, ahora que había encontrado su otra mitad.

Ragnar aún observaba la curva del camino por la que había desaparecido el carro de su amigo intentando no envidiarlo, aunque era difícil. Entonces, se dio la vuelta y se quedó mirando a un jinete a lomos de un caballo que atravesó la empalizada galopando y que no frenó hasta llegar a su lado. Desmontó deprisa y, sin aliento, se inclinó en señal de respeto.

Ragnar se acercó con el ceño fruncido, algo grave debía de pasar para llegar de esa manera.

—¿Quién te manda? —el soldado, atemorizado sin duda por la fama de Ragnar, volvió a inclinarse.

—Señor...Ragnar, el rey te reclama —le dio un papel que sacó de debajo de su camisa y que el jarl leyó rápidamente.

Era una orden del rey. Lo llamaba para dirigir el asedio contra la fortaleza

de Ulrich, uno de los pocos enemigos del norte que todavía se oponían al monarca. Eric, el rey, al que conocía desde hacía muchos años, le decía que la fortaleza llevaba resistiendo varios meses y que no conseguían que cayera. Ragnar, después de leer la nota dos veces, entró deprisa en la casa, mientras pedía que llamaran a su capitán. Tendría que ocuparse de todo en su lugar mientras que él se marchaba para luchar en el norte.

FIN

¡Hola!

Soy Margotte Channing, la escritora de esta novela

Quiero invitarte a participar en un Sorteo que realizo solo con mis lectores, para ganar una de mis NOVELAS GRATIS (puedes elegir la que quieras cuando ganes). Este mes además regalaré tres audiolibros.

Si estás interesado o interesada solo tienes que ir al enlace www.margottechanning.com/sorteo y rellenar con tu nombre, correo electrónico y muy importante, ¡el código secreto! “BERSERKER”

A final de mes realizaré el sorteo y mandaré un correo con el ganador.

Muchas gracias por tu atención, y ¡buena suerte!

Margotte Channing

www.margottechanning.com



Copyright © 2019 Margotte Channing

Todos los derechos reservados